

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

¿ESTÁ EL MUNDO EN CRISIS?

Solzhenitsyn y su
crítica al comunismo
y al capitalismo

La modernidad
europea juzgada
por Dostoyevski
y Soloviev

Donoso Cortés,
profeta para nuestro
tiempo

Enrique Ramière:
hacia un despotismo
colosal

«El amo del mundo»,
la novela que se está
cumpliendo ante
nuestros ojos



«El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que, no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera».



Año LXXVI– Núm. 1050
Enero 2019

JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, junio de 2003

Sumario

Solzhenitsyn y su crítica al comunismo y al capitalismo <i>José Álvaro Sánchez Mola</i>	3
La modernidad europea juzgada por Dostoyevski y Soloviev <i>Guillermo Elizalde</i>	7
Donoso Cortés, profeta para nuestro tiempo <i>Emili Boronat</i>	10
La civilización occidental en estado de disolución <i>Elio Gallego</i>	14
Enrique Ramière: hacia un despotismo colosal <i>Evaristo Palomar Maldonado</i>	16
«Un nuevo y más intenso despotismo» <i>Alexis de Tocqueville</i>	19
«Lo que está mal en el mundo» Chesterton	20
El estado servil de Belloc	22
La opción benedictina <i>Jorge Soley Climent</i>	23
«El amo del mundo», la novela que se está cumpliendo ante nuestros ojos <i>María Ramos</i>	26
70 años de la Declaración de los derechos humanos <i>Francisco M^a Manresa</i>	29
Derechos humanos y desprecio al hombre <i>Francisco Canals</i>	30
Orientaciones bibliográficas	32
Centenario de la consagración de España al Corazón de Jesús	34
Hemos leído	37
Iglesia perseguida	40
Pequeñas lecciones de historia	42

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Anebri Artes Gráficas, C.I.F. A-80083017

RAZÓN DEL NÚMERO

DE nuevo dos aniversarios de naturaleza muy distinta nos dan ocasión para el contenido del presente número. El pasado mes de diciembre se cumplieron los cien años del nacimiento del escritor ruso Alexander Solzhenitsyn, que tuvo la valentía de enfrentarse con el comunismo soviético al dar a conocer el Gulag, el sistema de campos de trabajos forzados de la Unión Soviética, en que él estuvo preso durante más de diez años. También este mismo pasado mes de diciembre hizo 70 años de la proclamación por la Asamblea de las Naciones Unidas de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Estos dos aniversarios tan heterogéneos nos invitan a reflexionar sobre los derroteros del mundo actual.

Como ya hizo notar el historiador inglés Toynbee, una de las peculiaridades de la cultura occidental, totalmente inédita en la historia de la humanidad es el carácter planetario que ha llegado a alcanzar. Sin negar la pervivencia de otras culturas, sin embargo la cultura originada y desarrollada en el ámbito geográfico de lo que denominamos el occidente se ha extendido mundialmente, conformando o por lo menos influenciando de modo decisivo todas las restantes culturas existentes en la actualidad. Al mismo tiempo hay que señalar la crisis profunda que afecta a esta cultura, que tiene sus manifestaciones en los ámbitos más diversos, aunque sin duda la baja natalidad es uno de los exponentes más decisivos y determinantes. Estos dos aspectos de la cultura occidental: ámbito mundial y crisis, nos permiten afirmar que el mundo actual está todo el sumido en una crisis sin precedentes. La causa principal de esta grave situación ha sido denunciada repetidamente y el lector encontrará en las páginas de este número destacados testimonios de ello. Recientemente el Cardenal Robert Sarah insistía en ello: «Europa ha renunciado o ha perdido el sentido de sus orígenes, ha perdido sus raíces, un árbol sin raíces muere».

No se puede ignorar a Dios y no ver que esta actitud contribuye de forma definitiva al desprecio del hombre.

No nos debería sorprender que la célebre declaración universal de los derechos humanos del año 1948 haya sido tan poco respetada y su contenido tan frecuentemente ignorado hasta convertirse en letra muerta. La razón principal es obvia: no se ha querido reconocer el fundamento del verdadero derecho que, como afirma Solzhenitsyn, «no es posible cuando se debilita completamente la conciencia de la responsabilidad del hombre ante Dios y la sociedad». No se puede ignorar a Dios y no ver que esta actitud contribuye de forma definitiva al desprecio del hombre, quedando sometido a los diversos despotismos culturales, sociales y políticos que tanto abundan en la modernidad.

Se va acercando la fecha del centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús. Desde las páginas de esta revista, al reflexionar sobre las circunstancias que estamos viviendo queremos recordar la palabras tan repetidas del Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque: «Reinaré a pesar de mis enemigos». En esta promesa esta puesta nuestra esperanza.

Solzhenitsyn y su crítica al comunismo y al capitalismo

JOSÉ ÁLVARO SÁNCHEZ MOLA

EL escritor ruso Aleksander Solzhenitsyn (1918-2008) de cuyo nacimiento se conmemoraban los cien años el pasado diciembre, fue uno de los personajes claves de la historia del siglo xx. No solamente para su pueblo natal, el ruso, sino también para Europa y América, pues no sólo no cesó de revelar los grandes males del comunismo de la Unión Soviética, enfrentándose a ésta cara a cara, sino que también criticó duramente el «capitalismo de Occidente».

Su crítica está muy vinculada a su experiencia personal. En la Revolución rusa, cayó primero en la «tentación», sucumbió a la misma y, más adelante criticaría el sistema con su experiencia. De Occidente también se puede decir lo mismo, pues dentro de la misma Rusia se podían leer secretamente algunas obras venidas de Occidente y, más adelante él mismo comprobaría de primera mano sus males, durante su exilio de veinte años en Europa y Estados Unidos.

La idílica vida comunista

EL año 1917 marcó el comienzo de la revolución bolchevique, que iba a realizar en Rusia una transformación asombrosa, desde la rusa de los zares hasta un estado soviético. Comenzó así una guerra civil, incluyendo una guerra de clases, que iba a enfrentar al pueblo contra sí mismo. A las órdenes de Lenin, se iba a ejercer —o, mejor dicho, imponer— una disciplina que confiscaría la propiedad privada y castigaría con trabajos forzados a todo aquel que desobedeciese la ley.

Solzhenitsyn, cuya familia cristiana era muy fervorosa, nació poco después de que estallara la revolución en 1917. Durante su juventud, a pesar de los esfuerzos de la familia por mantener un ambiente

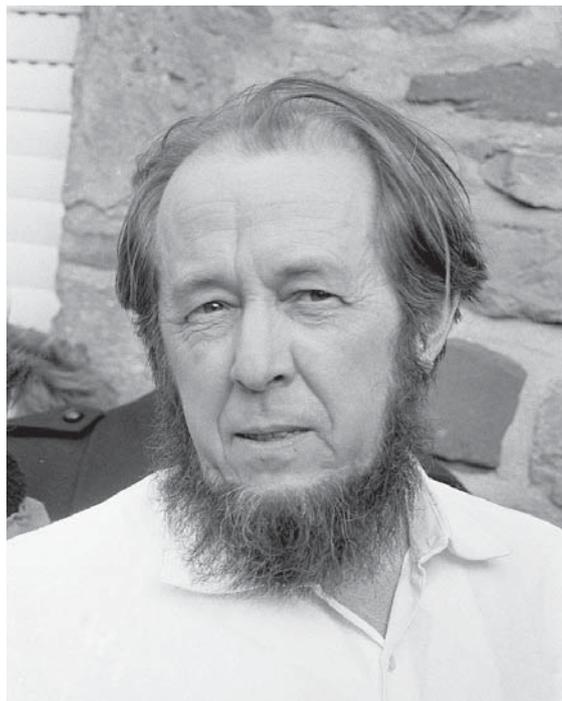
cristiano para él, Aleksander se iba a ver envuelto en un entorno totalmente anticristiano, tanto en el colegio como sobre todo más adelante en la universidad.

A los once años, y fruto de la tensión social de ese momento, tomó una decisión que iba a trazar el rumbo de su vida. Por un lado, tenía las creencias cristianas y la tradición que recibía de su familia; por el otro, y en palabras del mismo Solzhenitsyn «en el colegio se dedicaban a lavarnos el cerebro». Para no quedar marginado en la sociedad, y siguiendo a todos sus compañeros, decidió unirse al ala juvenil del partido comunista, comenzando así una trayectoria fuertemente arraigada en el comunismo de Lenin y Stalin.

Como nos cuenta Joseph Pearce, biógrafo de Solzhenitsyn, «no habría que ser demasiado duro con los intelectuales occidentales que cayeron en el embrujo de la maquinaria propagandística de Stalin, pues gran número de ciudadanos de la Unión Soviética se vieron igualmente seducidos por ella». Así, este autor nos muestra en una frase el imperante pensamiento de esa época: el comunismo era, a ojos de todo el mundo, un sistema de gobierno ejemplar capaz de organizar un país de forma excepcionalmente eficiente.

El «archipiélago Gulag» y su conversión

A partir de la segunda guerra mundial, Aleksander iba a darse cuenta de la realidad del engaño soviético en dos momentos fuertes de su vida: una guerra muy cruda, en la que vio de primera mano cómo las órdenes de Stalin daban vía libre a los soldados del Ejército Rojo para la venganza, expresando una violencia totalmente innecesaria contra civiles, incluyendo mujeres y niños. El otro momento, que iba a iniciar un cambio en su vida, iba a ser su posterior encarcelamiento.



Solzhenitsyn fue detenido en 1945, siendo oficial del Ejército Rojo y en posesión de dos condecoraciones por méritos en la guerra. La causa de su encarcelamiento fue incluir expresiones antisoviéticas en una carta dirigida a un amigo, en las semanas finales de la segunda guerra mundial.

Su paso por el Gulag –sistema de prisiones soviético– iba a permitirle comprender la realidad de esa Rusia desde un punto de vista global, y a la vez, devolverle el «espíritu cristiano» adquirido en la infancia y olvidado desde su juventud. En ese lugar, del que solamente salía con vida una de cada dos personas, y del que formaban parte todos los rusos que se oponían de algún modo –ya sea en pensamiento o en obras– al régimen soviético, pudo

Su paso por el Gulag –sistema de prisiones soviético– iba a permitirle comprender la realidad de esa Rusia desde un punto de vista global, y a la vez, devolverle el «espíritu cristiano» adquirido en la infancia y olvidado desde su juventud.

nuestro personaje enriquecerse con las historias de todos los presos que fue conociendo.

A lo largo de ocho largos años, en los que fue madurando tanto espiritual como intelectualmente, Solzhenitsyn pudo convivir tanto con comunistas idealistas –como lo era él mismo–, acusados de criticar a Stalin de alejarse del comunismo de Lenin, como también con cristianos piadosos –cómo acabaría siendo más adelante–. En ese tiempo pudo «gozar» de discusiones y mesas redondas con sus compañeros de prisión, y en el sufrimiento encontró a Dios, empezando a valorar como verdadera la fe cristiana transmitida por su familia.

Libertad y primera publicación en contra del comunismo

TRAS su encarcelamiento y posterior destierro al sur de Kazajstán, a Solzhenitsyn se le permitió regresar a la Rusia europea en 1956, donde fue rehabilitado como profesor. Es ahí donde empezó a desarrollar seriamente su perfil literario, escribiendo relatos que había imaginado y recordado durante su paso por el Gulag. Todos ellos tenían un trasfondo común: mostrar la vida «secreta» de ciudadanos comunes rusos que eran humillados y deshumanizados como consecuencia del comunismo.

Podríamos pensar que, tras años de trabajos forzados con una calidad de vida pésima, el autor pre-

firiese una vida acomodada en el estado soviético que revelar la realidad más íntima del sistema ruso. Aun así, a Solzhenitsyn le pesó más su deber moral de contar la verdad que la comodidad de una vida como profesor.

Cuando Krushev se alzó con el poder en Rusia, en 1955, comenzó un corto período de tiempo que se denominó «deshielo». En este año, el dirigente ruso lanzó una sorprendente denuncia del estalinismo en el denominado «discurso secreto», reconociendo la «represión y la aniquilación física que llevó a cabo Stalin contra personas que no habían cometido ningún crimen». Fue en este tiempo cuando se relajó, en cierta manera, la censura, y se permitió publicar algunas obras que no fuesen fundamentalmente soviéticas y procomunistas. Esto no cambió fundamentalmente la sociedad soviética, pero Solzhenitsyn aprovechó el momento para publicar su primer libro «*Un día en la vida de Ivan Denísovich*» en la revista de mayor tirada en Rusia.

Aleksander tenía la voluntad de contar públicamente toda la horrible verdad, pero tenía claro que tenía que hacerlo poco a poco, y este libro era idóneo: contaba un día en la vida de un preso en los campos de trabajo soviéticos con todo lujo de detalles, basado en su propia experiencia. La pérdida de dignidad humana, la injusticia en la «justicia» soviética, el ennoblecimiento en oposición a la decadencia o la respuesta cristiana a la tentación de caer en la desesperación, éstas eran algunas de las características que se mostraban en Ivan.

No fue una tarea fácil publicar el libro, pues en las altas esferas soviéticas había tanto gente convencida en publicarlo siguiendo el deshielo de Krushev, como detractores que encontraban absurdo publicar tal desprecio del estado soviético. Para alivio de todos, el libro gustó a Krushev y mandó –mejor dicho, forzó– publicarlo en 1962.

El arte de sortear la censura

AL autor le bastó con esta publicación para saltar a la fama. La crítica en la prensa fue muy dura, no solamente con Solzhenitsyn sino también con el dirigente Krushev, con quien ya estaban en claro desacuerdo desde el núcleo duro del Partido Comunista. Algunos periódicos mostraban opiniones como «esos subhombres –refiriéndose a los presos– fueron tratados con demasiada indulgencia por nuestros tribunales», o también «en lugar de ese libro, el material debería haber sido entregado al KGB». En particular, como cuenta Joseph

Pearce, «hubo una carta que Solzhenitsyn encontró tristemente divertida por la falta de conocimientos bíblicos de que hacía gala su autor: “Nunca antes había tenido que tragar tanta basura... y no soy el único que opina así. Muchos de nosotros sentimos lo mismo; nuestro nombre es Legión”».

Pero, también le empezaron a llegar a Solzhenitsyn cartas de muchas personas que habían vivido lo mismo y que se sentían identificadas en Ivan Denísovich. De esta manera, Solzhenitsyn fue adquiriendo lo que anhelaba: una visión más global, con una experiencia total de los cuarenta años de represión.

Solzhenitsyn seguía con su estela literaria, escribiendo libros como «*Pabellón de cáncer*», que realiza una alegoría sobre la Rusia soviética: «así como una persona muere de un tumor, ¿podrá Rusia sobrevivir con tumores como los campos de trabajo, forzados y el exilio?»; otro título, «*Vela al viento*», es una obra de teatro sobre la necesidad de proteger nuestra alma contra los males que vienen de fuera.

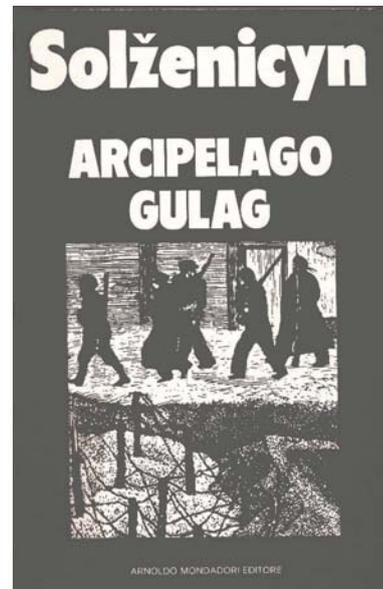
Solamente uno más de sus libros pudo ser publicado, con muchas más dificultades que el primero. El decaimiento de Krushev iba a poner en jaque a los partidarios de Solzhenitsyn, y el dirigente del partido no iba a arriesgarse a perder el poco liderazgo que ostentaba ya. Tras la caída de Krushev en 1964, el estado soviético volvió a endurecerse siguiendo el trazo de Stalin. Solzhenitsyn no tuvo más remedio que publicar extractos de sus obras en los llamados «*samizdat*», que eran copias clandestinas de literatura prohibida. Algunos de estos *samizdat* alcanzaban millones de copias, y era la manera de difundir los escritos de nuestro autor dentro de la censura del sistema soviético.

Solzhenitsyn era cristiano ortodoxo y no solía declarar su fe en público pues para él, «la fe no se declara, no se dice, sino que debe fluir de uno mismo».

Exilio y crítica contra el sistema occidental

EN 1974, tras la publicación de su obra más famosa *Archipiélago Gulag*, Solzhenitsyn es expulsado del estado soviético. Contando con el rechazo de Rusia, esperaba ser acogido por Occidente, pero tampoco aquí fue bien recibido por su postura altamente moral y cristiana. Ya en el año 1967, Solzhenitsyn escribió: «no tengo ninguna esperanza en Occidente, y ningún ruso debería tenerla. La excesiva comodidad y prosperidad han debilitado su voluntad y su razón»,

Solzhenitsyn destacó por sus pocas manifestaciones públicas, de las que se podrían destacar dos:



Archipiélago Gulag, cuya primera edición en ruso se publicó en París en 1973 fue una obra clave para conocer la represión comunista

su discurso en Harvard y el discurso al recoger el premio Templeton. Ambos discursos son dignos de ser leídos por su tremenda actualidad. De ellos se extraen los siguientes fragmentos, sobre los que se manifiesta el diagnóstico tremendo de Solzhenitsyn.

«Si me pidieran hoy precisar de forma breve la causa principal de esa revolución –rusa– devasta-

Ya en el año 1967, Solzhenitsyn escribió: «no tengo ninguna esperanza en Occidente, y ningún ruso debería tenerla. La excesiva comodidad y prosperidad han debilitado su voluntad y su razón».

dora, no encontraría nada mejor que repetir: los hombres se han olvidado de Dios, esa es la causa de todo». Pero todavía hay algo más: los sucesos de la Revolución rusa no pueden entenderse hoy sino sobre el marco de fondo de lo que ocurre en los demás países, y nuevamente no encontraría nada más exacto que decir: los hombres se han olvidado de Dios [...]. Privada de la lucidez divina, la conciencia humana se deprava.

»Occidente carece de recursos morales y espirituales para resistirse a su propia decadencia [...]. Cuando se formaron los estados occidentales modernos, se proclamó como principio fundamental que los gobiernos están para servir al hombre y que éste vive para ser libre y alcanzar la felicidad. Cada ciudadano tiene garantizada la deseada

libertad y los bienes materiales en tal cantidad y calidad como para garantizar en teoría el alcance de la felicidad, en el sentido moralmente inferior en que ha sido entendida durante estas últimas décadas. En el proceso, sin embargo, ha sido pasado por alto un detalle psicológico: el constante deseo de poseer cada vez más cosas y un nivel de vida cada vez más alto, ha impreso en muchos rostros occidentales rasgos de ansiedad y hasta de depresión, aunque sea habitual ocultar cuidadosamente estos sentimientos. Esta tensa y activa competencia ha venido a dominar todo el pensamiento humano y no abre, en lo más mínimo, el camino hacia el libre desarrollo espiritual. La mayoría de las personas gozan del bienestar en una medida que sus padres y abuelos no hubieran siquiera soñado con obtener; ha sido posible educar a los jóvenes de acuerdo con estos ideales, conduciéndolos hacia el esplendor físico, felicidad, posesión de bienes materiales, dine-

ro y tiempo libre, hasta una casi ilimitada libertad de placeres. De este modo ¿quién renunciaría ahora a todo esto? ¿Por qué y en beneficio de qué habría uno de arriesgar su preciosa vida en la defensa del bien común?».

Vuelta a Rusia

SOLZHENITSYN, al igual que otros exiliados, tenían la esperanza de que, tras la caída del sistema soviético, quedaría la misma sociedad pre-comunista. Esto no fue así. Los setenta años de comunismo no pasaron en vano en Rusia, y el sistema soviético que se cobró cien millones de vidas humanas tenía ya pocas almas rectas sobre las que cimentar un futuro prometedor. Aun así, Solzhenitsyn fue considerado un referente político y moral por su rectitud y su amor por la verdad.

El humanismo y sus consecuencias

Entonces, no queda más que buscar el error en la raíz misma, en la base del pensamiento de los nuevos tiempos. Quiero decir: la concepción del mundo que domina en Occidente, nacida en la época del Renacimiento, fundida en los males políticos de la era de las luces, fundamento de todas las ciencias del Estado y de la sociedad: podría llamarse: «humanismo racionalista» o la «autonomía humanista», que proclama y realiza la autonomía humana en relación con cualquier fuerza colocada sobre ella. O bien, y de otra manera, «antropocentrismo»: la idea del hombre como el centro de lo que existe.

(...) La conciencia humanista se proclamó nuestra guía, negó al hombre la existencia del mal dentro de él y no le reconoció ninguna tarea superior más que la adquisición de la felicidad terrenal, e impuso en la base de la civilización occidental moderna una tendencia peligrosa a postrarse ante el hombre y ante sus necesidades materiales. Más allá del bienestar y la acumulación de bienes materiales, todas las otras peculiaridades, todas las demás necesidades del hombre, más delicadas y elevadas, quedaron fuera de la atención de las construcciones estatales y los sistemas sociales, como si el hombre no tuviera un sentido superior que dar a la vida. Así fueron abandonados al mal de las corrientes que hoy día soplan libremente. Por sí sola, la libertad desatada no puede resolver de ninguna manera todos los problemas de la existencia humana, y plantea una gran cantidad de nuevos.

A. SOLZHENITSYN, *The decline of courage (El declinar del coraje)*,
Discurso de Harvard, junio de 1978, Ed. Fayard (París 2017)

La modernidad europea juzgada por Dostoyevski y Soloviev

GUILLERMO ELIZALDE

Dostoyevski y su trayectoria personal

VERANO de 1878. Un anciano de 57 años y un joven de 25, amigos desde 1873, pasan unos días juntos en el monasterio de Óptina Pustin, centro espiritual de Rusia, para visitar al stárets Ambrosio. El viejo es Fiódor Dostoyevski, uno de los escritores más célebres del país, y busca consuelo por la pérdida de su hijo de 3 años; el joven es Vladimir Soloviev, y acaba de conquistar la gloria en San Petersburgo presentando sus *Doce lecciones sobre la teohumanidad*. Recuerda Trubetskoi que por entonces ambos «vivían una misma vida espiritual», y su influencia mutua era enorme. Aunque en aquellos años Soloviev no era menos anticatólico que Dostoyevski, el stárets Ambrosio percibe algo y anota escuetamente en su diario la impresión que le causa el joven: «juicio desaprobatorio». Faltan apenas tres años para que muera Dostoyevski y Soloviev manifieste su acercamiento al catolicismo.

En su *Diario de un escritor*, Dostoyevski recuerda que nació en «una familia rusa auténtica y temerosa de Dios», y que «desde la más tierna infancia» estaban en casa «familiarizados con el Evangelio». Pero el futuro escritor se sintió pronto «inficionado de las ideas del socialismo teórico de aquellos tiempos», el de Proudhon y Feuerbach. El paso del cristianismo al socialismo le parecía algo natural: «el socialismo (...) comparábanlo muchos de sus cabecillas con el cristianismo, del que venía a ser únicamente una mejora y perfeccionamiento correspondientes a las condiciones de los tiempos y de la civilización». Es más: «si Cristo naciera en

estos tiempos, resultaría el tipo más vulgar e insignificante; se eclipsaría ante la ciencia de hoy y los actuales caudillos de la humanidad (...) se uniría a los socialistas y los seguiría».

Cumplidos los veintitrés años, a raíz de la exitosa publicación de *Pobres gentes* (1845), el editor socialista Belinski le propuso a Dostoyevski hacerse anticristiano: «a fuer de socialista, tenía que destruir la doctrina de Cristo, calificarla de falsa y torpe filantropía, ya condenada por la ciencia y por los principios económicos actuales».

Era necesario que quien desde el cristianismo había visto en el socialismo la perfección de la idea cristiana, desde el socialismo viera en el cristianismo un estorbo para la salvación del hombre.

A los veintisiete años Dostoyevski fue condenado a muerte como miembro del círculo del revolucionario Petrashevski. En el mismo patíbulo el zar le conmutó la pena por presidio en Omsk y destierro en Siberia. Cuando nueve años después regresó a Petersburgo, Dostoyevski



era otra persona. El «contacto inmediato con el pueblo» le había convencido «de la mentira y falsedad de casi todo cuanto habíamos considerado como la luz y la verdad». Como dirá Soloviev en su primer discurso junto a la tumba de su amigo, al aceptar el pan que alimenta para «una vida más alta» ofrecido por los desgraciados de Rusia, «en lugar de la maldad del revolucionario fracasado, Dostoyevski sacó del presidio la mirada luminosa de la persona moralmente regenerada (...). Las peores gentes de la casa de los muertos devolvieron a Dostoyevski lo que le quitaron las mejores gentes de la intelectualidad».

La hermandad universal sólo es posible bajo el nombre de Cristo

DOSTOYEVSKI regresó de Siberia convencido de que los individuos particulares, aún cuando sean los más preparados, no tienen derecho a forzar a la sociedad en nombre de su personal superioridad; entendió asimismo que la verdad social no la inventan ciertas mentes, sino que radica en el sentimiento popular; y creía también que esta verdad social tiene un significado religioso y está necesariamente vinculada al ideal de Cristo. Las obras de Dostoyevski mostrarán desde entonces –con anticipación profética– las destructivas consecuencias de las ideas revolucionarias, y anunciarán todas las formas de ateísmo, desde el superhombre de Nietzsche en *Crimen y castigo*, hasta la revolución en *Demonios*, pasando por el indiferentismo y el racionalismo en *Los hermanos Karamázov*, el cientifismo de *Memorias del subsuelo*, o el nihilismo en *El idiota*. La tesis de Dostoyevski es siempre la misma: cuando se mata a Dios en el hombre y se pretende traer el paraíso a la tierra, quien acaba por sucumbir es el hombre y la vida social se

Dostoyevski y Soloviev conocieron a fondo las falsas filosofías de la modernidad europea, anticiparon su espíritu disolvente, las rechazaron y les contrapusieron la sencilla novedad de la vida cristiana.

convierte en un hormiguero infernal, una falsa unión de la humanidad que aísla y seca el alma humana.

¿Cómo devolver la vida al hombre y a la sociedad? Dostoyevski lo explicó en sus obras y lo predicó en su discurso frente a la estatua de Pushkin unos meses antes de morir: procurando la hermandad universal bajo el nombre de Cristo. Dostoyevski no busca el principio de esta unión en el catolicismo latino, que él ve convertido en poder político y finalmente degenerado en socialismo. Tampoco en el protestantismo germánico, entregado al racionalismo. Es Rusia, la nación que ha preservado el auténtico rostro de Cristo, quien debe llevar a cabo esta «comunidad fraternal de todas las naciones según la ley del Evangelio». Dostoyevski estaba convencido de que sucedería en los próximos cien años.

Soloviev, de la ortodoxia al catolicismo

EN febrero de 1883, segundo aniversario de la muerte de Dostoyevski, su amigo Soloviev volvió a pronunciar un discurso junto a su tumba, aclarando el ideal mesiánico del escritor:

«En una conversación, Dostoyevski aplicaba a Rusia la visión de Juan Evangelista acerca de la mujer vestida de sol, que entre tormentos desea alumbrar un hijo varón: la mujer es Rusia, y lo que va a alumbrar es la nueva Palabra que Rusia debe decir al mundo. Sea o no correcta esta interpretación del «gran signo», Dostoyevski adivinó exactamente la nueva Palabra de Rusia. Es una palabra de reconciliación para Oriente y Occidente, en la unión de la eterna verdad divina y de la libertad humana. He aquí la tarea suprema y la obligación de Rusia, y tal es el “ideal social” de Dostoyevski». También era, desde hacía años, el ideal del joven Soloviev, pero libre del chovinismo eslavófilo de su amigo.

Vladimir Soloviev era el cuarto de los doce hijos de Serguei Soloviev, rector de la Universidad de Moscú y autor de una conocida *Historia de Rusia* en 28 tomos. Vladimir mostró un temprano sentimiento del anticristo, una viva conciencia del peligro que representaba China para Rusia y Europa, y un gusto por la milicia que más tarde le llevaría a intentar alistarse en las guerras de los Balcanes. En su infancia –explica él mismo– «no sólo decidí ser monje, sino que en vista de la posibilidad de una pronta llegada del anticristo, para acostumbrarme de antemano al martirio por la fe, empecé a infligirme todo tipo de penitencias». Fue entonces cuando empezó a tener intuiciones de una misteriosa amiga celestial, que luego llamó Sofía.

Pero pronto Soloviev –como hizo Dostoyevski– abandonaría la fe. Antes de acabar la adolescencia había atravesado todas las fases del movimiento negativo del pensamiento europeo moderno: fue iconoclasta, deísta, racionalista, materialista, ateo, nihilista, idealista y panteísta. Tal era la pasión atea de Soloviev que su amigo Lopatin decía de él que era «un satanás». No obstante, a los 19 años el joven universitario regresó al cristianismo y entró en la Academia Espiritual de Moscú, donde escribió *La crisis de la filosofía occidental*, que dejó admirado a Tolstoi y le procuró fama nacional. Por entonces el joven Soloviev –que regresa de sus viajes por Europa– se acerca a los eslavófilos y empieza su amistad con Dostoyevski. Está convencido de que el pueblo ruso será el portador de una fuerza futura que aparecerá entre el Oriente sostenedor de un Dios sin hombre, y el Occidente moderno, defensor de un hombre sin Dios.

A los 30 años Soloviev empieza su crisis de la ortodoxia al catolicismo. Su ideal es una «teocracia libre» donde se realice la verdadera solidaridad de todas las naciones, el cristianismo cumplido en la vida social; la unión sintética del Oriente ortodoxo con la Roma católica, el reino oriental con el sacerdocio oc-

cidental, la corona rusa con la Roma papal. Los eslavófilos se irritan y tratan de impedir la publicación de *El gran debate y la política cristiana*, la primera obra de Soloviev que aborda la cuestión católica. El joven filósofo replica sin titubeos a Axákov: «*Ud mira sólo al papismo, yo sobre todo a la gran, santa y eterna Roma. (...) Creo en esta Roma, la admiro, la quiero con todo el corazón y con todas las fuerzas de mi alma deseo su restablecimiento para la unidad e integridad de la Iglesia universal, y seré maldito como un parricida si alguna vez pronuncio una palabra de reprobación sobre la santidad de Roma (...) nosotros y ellos constituimos juntos la única Iglesia santa, católica y apostólica, a pesar de nuestra histórica división temporal (...) creo absolutamente en nuestra futura reunificación*». Desde entonces Soloviev es expulsado del mundo intelectual ruso, los eslavófilos le declaran su enemigo y se ve obligado a publicar en el extranjero sus obras sobre la unión de la Iglesia universal.

En Zagreb visita al obispo católico Strossmayer, uno de los pocos amigos que le quedan, y se muestra convencido de que «*nuestro cisma es de facto, no de iure*». No sólo se acerca más al catolicismo, sino que apoya a los judíos y a los polacos, y desde París se lanza a combatir el nacionalismo ruso en polémica contra los eslavófilos, que encuentra estériles desde que abandonaron la vocación religiosa universal de Rusia. Aparece *Rusia y la Iglesia universal*, donde articula su idea de «*realizar en la tierra la organización terrena de la humanidad cristiana, es necesario un padre universal omnicristiano*».

Pero los jesuitas le vuelven la espalda acusándolo de hereje por su misticismo soñador, y el ruso regresa a Moscú, alejándose poco a poco de sus proyectos eclesiales y políticos: «*he aquí en dos palabras mi relación con el papismo: lo entiendo y lo recibo, pero él a mí no me entiende ni me recibe*». Un arcipreste ortodoxo de Zúbov le niega la absolución si no renuncia a sus puntos de vista católicos, y Soloviev deja de participar de los servicios de la Iglesia rusa. Es más: en 1895 ya ha llegado a la conclusión de que la corona del zar es la de Nabucodonosor.

Su *pathos* profético y su mala salud se acentúan. Ve al demonio con frecuencia, incluso lucha físicamente con él en su camarote mientras viaja a Egipto. Tiene el presentimiento de una catástrofe mundial, y en el poema *Panmongolismo* llega a anunciar la destrucción del Imperio ruso por una alianza chino-japonesa, como castigo por haber renegado de su misión cristiana. Cuatro años antes de su muerte, en secreto, Soloviev pronuncia el Credo de Trento y recibe la comunión de un sacerdote católico y en

la capilla moscovita de Nuestra Señora de Lourdes, profesó su adhesión al Papa.

La gran impostura del Anticristo

AL final de su vida Soloviev medita sobre el final de la historia, donde encuentra «*tres verdades*»: la predicación universal del Evangelio, la «*minoría insignificante en número*» de los creyentes, y una guerra breve donde los partidarios del Anticristo serán derrotados. Para ello Jesucristo «*tiene necesidad de nuestra colaboración*» pero «*hay que estar preparados para que noventa y nueve curas y monjes de cien se declaren a favor del Anticristo*». El objetivo de la política cristiana ya no es una gran teocracia poderosa y exterior, sino la unión de las Iglesias entre sí y después con la sinagoga para poder

La tesis de Dostoyevski es siempre la misma: cuando se mata a Dios en el hombre y se pretende traer el paraíso a la tierra, quien acaba por sucumbir es el hombre y la vida social se convierte en un hormiguero infernal, una falsa unión de la humanidad que aísla y seca el alma humana.

enfrentarse —juntos y mínimos— al Anticristo.

«*Siento la llegada del fin del mundo como un caminante que se acerca al mar y siente la brisa marina antes de ver el mar*», escribe Soloviev a su amigo Vielichko en 1897. Y llega su profética obra sobre el fin del mundo, *Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, donde describe la última aparición del mal en la historia y su caída definitiva. Se le ve más triste y pensativo que nunca. A Vielichko le confiesa que presiente la cercanía del tiempo en que «*los cristianos se unirán de nuevo para rezar en las catacumbas, porque la fe será perseguida, tal vez con medios menos violentos que en los días de Nerón, pero más sutil y cruelmente: con mentira, burla, falsificaciones... ¿Acaso no ves quién se aproxima? ¡Yo lo veo, hace tiempo que lo veo!*».

Soloviev murió a los 47 años, confesado, comulgado y rezando por los judíos.

Dostoyevski y Soloviev conocieron a fondo las falsas filosofías de la modernidad europea, anticiparon su espíritu disolvente, las rechazaron y les contrapusieron la sencilla novedad de la vida cristiana. Pero los profetas fueron ignorados, y Rusia, que ellos veían como próximo actor principal en la difusión del cristianismo en el mundo, se convirtió en el epicentro mundial de las ideologías nihilistas.

Donoso Cortés, profeta para nuestro tiempo

EMILI BORONAT

Liberal de primera hora

NACIDO en Don Benito (Cáceres) en 1809 y fallecido en París en 1853, Juan Donoso Cortés —contemporáneo de Jaime Balmes—, recorre con su vida la convulsa España y la Europa que va desde las guerras napoleónicas a la Revolución de 1848, desde la manifestación del carácter redentor de la primera revolución de 1789, que Napoleón lleva en misión por Europa, hasta el inesperado estallido de la del 48, que supone la eclosión del mesianismo socialista. Donoso ve caer el absolutismo y ascender el liberalismo, del que será al principio un romántico defensor, influido por su mentor Quintana, para decepcionarse de éste a pesar de su lealtad personal a quien facilitó, contra el sentir popular, su triunfo en España: la reina regente María Cristina de Borbón.

Alineado con los liberales monárquicos, defenderá al principio un régimen moderado apoyado en las clases medias y en las elites de la inteligencia. Sus años en París acompañando a la Regente (1839 a 1843), su puesto como embajador en Berlín (1849) y de nuevo en París (1851) lo sitúan en un observatorio privilegiado de los acontecimientos de esos años. Elevado por el éxito internacional de sus discursos y escritos, será requerido y admirado en los salones de la intelectualidad de París, y reconocido por hombres de gobierno de toda Europa y por el propio Pío IX.

Converso y teólogo de la historia

HOMBRE discreto, tímido y sin ambiciones, a pesar de estar en el centro de la política española y de la opinión culta europea. La mano providente de Dios, a la que deja actuar con ejemplar y creciente humildad, irá acompañándole

en un progresivo camino de conversión intelectual y espiritual: la muerte primero de su mujer y de su hija en 1835, la de su hermano en 1847, sus estudios, la reflexión a la luz de la Revelación sobre los acontecimientos de su tiempo, hacen de Donoso uno de los pensadores católicos más vigorosos, lúcidos y proféticos de los tiempos contemporáneos.

Su mal llamado *Discurso sobre la Dictadura*, de 1849, el *Discurso sobre la situación general de Europa*, de 1850, y el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, de 1851, resumido y precisado en la *Carta al cardenal Fornari*, junto a la correspondencia que gira en torno a estas obras magistrales, constituyen una auténtica teología de la historia, de profunda raíz agustiniana: el orden sobrenatural es la atmósfera propia del orden natural. Todo cuanto sucede en la historia forma parte de la historia de salvación.



Despotismo universal y destrucción de la libertad

EL profetismo de Donoso no es adivinación de sucesos inevitables en un futuro necesario. A lo largo de la historia de la salvación el profeta advierte para mover a la conversión, clama para que el hombre libre se ordene según el plan maravilloso y misericordioso de Dios, porque la historia es el resultado del diálogo entre la Providencia, la libertad del hombre y el mal. Cuando las sociedades, antes cristianas, se apartan de Dios los males la acechan y la destruyen. El primer síntoma de ese mal es la pérdida de la libertad:

«Y la libertad, a lo menos la individual, ¿no ha sido sacrificada? (...) ¿No sabéis a esta hora que la libertad se acabó? (...) ¿Os asusta, señores, la tiranía que sufrimos? De poco os asustáis; veréis cosas mayores (...).

»El mundo, señores, camina con pasos rapidí-

simos a la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres». (Discurso sobre la Dictadura)

Para Donoso cuando el hombre no se domina a sí mismo por su amor a Dios ni el amor de Dios rige las leyes y las sociedades, resulta inevitable la represión política y tiránica. Es una ley histórica de la humanidad. Así como con la sociedad fundada por Jesucristo se establece la ley del amor como ley de la libertad, las sociedades que se emancipan de su ley, y pretenden fundarse en su propia voluntad, ven desarrollarse el germen de la licencia y de la disminución de la libertad. Consecuencia de la emancipación protestante, las monarquías feudales se tornan absolutas, con éstas nacen los ejércitos permanentes («esclavos con uniforme»). Tras tener con estos «un millón de brazos», requirieron «un millón de ojos. Y tuvieron la policía».

«A los gobiernos no les bastó con tener un millón de brazos, no les bastó tener un millón de ojos; quisieron tener un millón de oídos, y los tuvieron con la centralización administrativa» (...).

»No bastó esto, porque el termómetro religioso seguía bajando, y era necesario que el termómetro político subiera más (...).

»Los gobiernos dijeron: «Necesitamos más: necesitamos tener el privilegio de hallarnos a un mismo tiempo en todas partes». Y lo tuvieron, y se inventó el telégrafo (...).

»Las vías están preparadas para un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso; todo está preparado para ello; miradlo bien; ya no hay resistencias, ni físicas ni morales; (...) porque con los barcos de vapor y los caminos de hierro no hay fronteras; (...) porque con el telégrafo eléctrico no hay distancias, y no hay resistencias morales porque todos los ánimos están divididos y todos los patriotismos están muertos (...).

»Una sola cosa puede evitar la catástrofe; una nada más; eso no se evita con dar más libertad, más garantías, nuevas constituciones; eso se evita procurando todos, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, provocar una reacción saludable, religiosa. Ahora bien (...), aquí hablo con la más profunda tristeza, no la creo probable. Yo he visto y conocido a muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto a ella; por desgracia no he visto jamás a ningún pueblo que haya vuelto a la fe después de haberla perdido (Discurso sobre la Dictadura)».

Ningún lector deja de sorprenderse —¡ciento setenta años después!— de estas palabras a la luz de la apostasía creciente y del proceso de globalización que exigiría un «gobierno mundial», naturalmente anticristiano.

Dos principios, dos civilizaciones

EN las *Cartas al conde de Montalembert* matiza, desarrolla y profundiza el significado del *Discurso*. Para Donoso el misterio del destino de la humanidad ha tenido dos respuestas contrarias: la del catolicismo y la de la filosofía. Cada principio ha generado una civilización propia. El principio católico muestra la naturaleza caída del hombre en su entendimiento y en su voluntad, así éste puede levantarse con ayuda de la autoridad de la fe de la mano de la Iglesia. El principio filosófico no debe entenderse sino como la afirmación de que la naturaleza humana, totalmente capaz, alcanza por sí misma la verdad segura y el bien absoluto, rompiendo las ligaduras que la atan a Dios y a cualquier otro principio. De ahí que:

«Es cosa clara que la solución del gran problema social está en romper todas las ligaduras que comprimen y sujetan la razón humana y el libre albedrío del hombre; el mal no está en este libre albedrío ni en esta razón, sino en aquellas ligaduras. Si el mal consiste en tener ligaduras, y el bien en no tenerlas, la perfección consistirá en no tener ninguna de ninguna especie. Si esto es así la humanidad será

«La catástrofe que ha de venir será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. (Polémica con la prensa española, 16 de julio de 1849).

perfecta cuando niegue a Dios, que es su ligadura divina, y cuando niegue el Gobierno, que es su ligadura política, y cuando niegue la propiedad, que es su ligadura social, y cuando niegue la familia, que es su ligadura doméstica».

...que no se pueden conciliar

ENTRE esas dos civilizaciones hay un abismo insondable, un antagonismo absoluto; las tentativas dirigidas a una transacción entre ellas han sido, son y serán perpetuamente vanas. La una es el error, la otra la verdad; la una es el mal, la otra es el bien; entre ellas es necesario elegir con una suprema elección y proclamar en todas partes la una, y condenar en todas partes la otra, después de haber elegido; los que fluctúan entre ambas, los que de la una aceptan los principios y de la otra las consecuencias, los eclécticos, en fin, están todos fuera

de la categoría de las grandes inteligencias, y están condenados irremisiblemente al absurdo».

El eco de los dos amores constitutivos de las Dos Ciudades de san Agustín, necesariamente opuestos e irreconciliables, para explicar los avatares de los destinos de la historia; de la meditación ignaciana de las Dos Banderas, enfrentadas irremisiblemente, para mover la libertad del hombre al amor de Cristo que quiere atraer a todos hacia sí, resuenan en estas afirmaciones de Donoso. ¿Cabe mayor exaltación de la libertad del hombre, tanto en lo personal como en lo social histórico?

Combate y solución final

DEL problema teórico pasemos al práctico. ¿A cuál de estas dos civilizaciones está prometida en el tiempo la victoria? (...) El triunfo en el tiempo será irremisiblemente de la civilización filosófica. ¿Ha querido el hombre ser libre? Lo será ¿Aborrece las ligaduras? Todas caerán a sus pies hechas pedazos. Un día hubo en que para tomar el pulso a su libertad quiso matar a Dios. ¿No lo hizo»? (...)

«Yo tengo para mí por cosa probada y evidente que el mal acaba por triunfar del bien acá abajo, y

«¿Qué significa esta gran catástrofe? El triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal (...).

»Esta es para mí la filosofía, toda la filosofía de la historia». (Berlín, 16 de mayo de 1849).

que el triunfo sobre el mal es una cosa reservada a Dios, si pudiera decirse así, personalmente.

»Por esta razón no hay periodo histórico que no vaya a parar a una gran catástrofe (...).

¿Qué significa esta gran catástrofe? El triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal (...).

»Esta es para mí la filosofía, toda la filosofía de la historia». (Berlín, 16 de mayo de 1849)

Llega el tiempo de la confrontación final

LA historia está ya en estado de formular su juicio acerca de esas dos grandes civilizaciones, de las cuales una consiste en conformar la razón y la voluntad del hombre al elemento divino, y la otra, en dejar a un lado el elemento divino

y en proclamar la independencia y la soberanía del elemento humano». (Berlín, 4 de junio de 1849)

La Revolución, tiempo del Juicio: desencadenamiento del mal

LAS revoluciones son, desde cierto aspecto y hasta cierto punto, buenas como las herejías, porque confirman en la fe y la esclarecen. Yo no había comprendido nunca la rebeldía gigantesca de Luzbel, hasta que he visto con orgullo insensato de Proudhon; la ceguera humana casi ha dejado de ser un misterio a vista de la ceguera incurable y sobrenatural de las clases acomodadas. En cuanto al dogma de la perversión ingénita de la naturaleza humana y su inclinación hacia el mal, ¿quién la pondrá hoy en duda si pone los ojos en las falanges socialistas?». (Berlín, 26 de mayo de 1849)

A la luz del espíritu de los textos cabe entender el advenimiento y el triunfo de la revolución socialista o democrática como ese proceso de disolución de vínculos naturales para la confusión de los hombres en una masa cuyo fin es la realización complaciente de ese despotismo universal para una nueva humanidad sin ataduras ni fronteras. Y esa unidad del género humano, de espaldas a Dios, no es de Dios:

¿Sabéis qué es la revolución? Es el último término adonde ha llegado el orgullo (...). El mundo sueña con una unidad gigantesca que Dios no ve con buenos ojos, y que este Señor no permitirá, porque esa unidad sería el templo del orgullo (...). Unidad reprobada, no será otra cosa sino la unidad de la confusión (...). Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para

constituir, en sí y para sí, la unidad del género humano (...). De todos los pecados posibles, ninguno hay que se iguale con el que consiste (...) en querer hacer con otros fines, y por modo diferente, aquello que Dios hace (...). Dos veces ha tenido el hombre esa intención satánica: la primera cuando quiso erigir la torre de Babel; y la segunda, el mismo día de hoy, en el cual una democracia insensata pretende constituir el mundo de esa manera unitaria (...). La Babel democrática tendrá la misma suerte que la Babel de los Libros Santos (...): antes que esté acabada la torre, Dios castigará las naciones y dispersará los pueblos (*Pensamientos varios, II y III*).

»Sí, la sociedad europea se muere (...). Se muere porque está envenenada. Porque había sido hecha por Dios para alimentarse de la sustancia católica (...), no mueren sino por toda palabra anticatólica, salida de la boca de los filósofos. Se muere porque

el error la mata (...). La catástrofe que ha de venir será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida. Y esto, no porque tenga una imposibilidad radical de salvarse, sino porque para mí está visto que no quiere salvarse. No hay salvación para la sociedad porque no queremos hacer cristianos a nuestros hijos y porque nosotros no somos verdaderos cristianos. No hay salvación para la sociedad, porque el espíritu cristiano no lo vivifica todo: la enseñanza, los gobiernos, las leyes y las costumbres. (Polémica con la prensa española, 16 de julio de 1849).

causa una recompensa mayor que la victoria (*Carta al conde de Montalembert*, 26 de mayo de 1849)».

Habiendo dejado hablar a Donoso, sobresale su extraordinaria lucidez para ver el desarrollo de la gran apostasía, el desencadenamiento del mal y la prueba final para la fe, en la íntima correlación entre filosofías anticristianas y ateas y el desarrollo político, social, económico y moral de un mundo

«No hay salvación para la sociedad, porque el espíritu cristiano no lo vivifica todo: la enseñanza, los gobiernos, las leyes y las costumbres. (Carta al conde de Montalembert, 26 de mayo de 1849)»

Vivir por Cristo en combate contra el mal

Yno se diga que, si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada; porque, en primer lugar, la lucha puede aplazar la catástrofe, y en segundo lugar, la lucha es un deber y no una especulación para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias a Dios de habernos otorgado el combate, y no pidamos sobre la gracia del triunfo a aquel que en su bondad infinita reserva a los que combaten bien por su

que se va alejando de Dios. Si san Agustín mostró el drama de la historia de la humanidad en la lucha de las Dos Ciudades, Donoso nos conduce al análisis de los actores contemporáneos de este drama, al desarrollo de la trama que conduce al fracaso del orgullo humano y al triunfo sobrenatural de Cristo sobre el mal. Apartado de la vanidad del mundo, firme en la esperanza de la victoria final. Y ante dos abismos, siempre la libertad del hombre y la Providencia de Dios, Juez de quien esperar misericordia.

¿A qué nos lleva el desterrar la religión de la vida civil?

En el punto que es desterrada de la sociedad civil la Religión, y repudiada la doctrina y autoridad de la divina revelación, queda oscurecida y aun perdida hasta la misma legítima noción de justicia y del humano derecho, y en lugar de la verdadera justicia y derecho legítimo se sustituye por la fuerza material, vese por aquí claramente que movidos de tamaño error, algunos despreciando y dejando totalmente a un lado los certísimos principios de la sana razón, se atreven a proclamar «que la voluntad del pueblo manifestada por la opinión pública, que dicen, o por de otro modo, constituye la suprema ley independiente de todo derecho divino y humano; y que en el orden público los hechos consumados, por la sola consideración de haber sido consumados, tienen fuerza de derecho.» Mas, ¿quién no ve y siente claramente que la sociedad humana, libre de los vínculos de la religión y de la verdadera justicia, no puede proponerse otro objeto que adquirir y acumular riquezas, ni seguir en sus acciones otra ley que el indómito apetito de servir a sus propios placeres y comodidades?

Pío IX, encíclica *Quanta cura*

La civilización occidental en estado de disolución*

ELIO GALLEGO

LA negación fundamental del socialismo es la negación del pecado», afirma sintéticamente Donoso Cortés. Negado lo sobrenatural, el deísmo y el panteísmo, transmutados en ateísmo, convergen en dos cosas simultáneas y relacionadas entre sí: la disolución del hombre y la exaltación de su poder. Por una u otra vía, el hombre moderno

POR UNA U OTRA VÍA, EL HOMBRE MODERNO SE HA QUEDADO EXTRAÑADO NO SÓLO RESPECTO DE DIOS Y LO SOBRENATURAL, SINO TAMBIÉN DE LA NATURALEZA Y AUN DE SU PROPIA HUMANIDAD.

se ha quedado extraño no sólo respecto de Dios y lo sobrenatural, sino también de la naturaleza y aun de su propia humanidad. Afirmada la immaculada concepción del hombre por parte del racionalismo y su correlativa negación del pecado, era necesario afirmar que el mal se halla en otro sitio, en algún lugar fuera del hombre. ¿Dónde? Las posibilidades aquí pueden ser muy variadas. El mal se puede proyectar, en el sentido freudiano del término, sobre las instituciones históricas (liberalismo) o sobre la sociedad en general (Rousseau), o sobre una clase social o grupo de hombres, los burgueses (Marx), o sobre una ideología que encarne el mal metafísico —el fascismo o la mentalidad autoritaria (Marcuse), o en una nación o

UN CUARTO DE SIGLO MÁS TARDE, DOSTOYEVSKI COINCIDIÓ CON DONOSO EN SEÑALAR LA DISGREGACIÓN COMO EL PRINCIPAL RASGO DEL NIHILISMO.

pueblo —p. ej., los judíos— (Hitler), o en el rol de varón y la paternidad —machismo, patriarcado (feministas), o directamente sobre Dios (Proudhon)—. Pero ¿cómo es posible que si el hombre es bueno pueda generar todas estas formas de mal siendo como son obra suya? Este es un misterio que el racionalismo no explica. En todo caso, negada como tal la posibilidad real del pecado por parte del hombre, queda *eo ipso* negada la libertad y, con la libertad, la responsabilidad. Negación de la libertad que puede adop-

tar dos formas: Una explícita, como sucede cuando se afirma un determinismo radical, propio del materialismo cientificista; y otra implícita, como cuando se exalta el derecho a la libre autodeterminación del yo, pero desconectado del principio de realidad y exento de toda responsabilidad. La libertad, de este modo, queda atrapada y diluida en un narcisista juego de espejos y en un sueño pueril de omnipotencia. Pero ¿qué queda del hombre sin su libertad y responsabilidad? Nada. Es por ello por lo que, señala Donoso, «por lo que hace a la cuestión de la responsabilidad, la negación del pecado va a parar al nihilismo». Con la negación de la libertad y responsabilidad individual se niega igualmente la libertad y responsabilidad social, pues no puede negarse una y afirmarse la otra. Pero si el hombre no es responsable de la sociedad, niega, por orden de consecuencia, los vínculos y la solidaridad que nacen de esta responsabilidad, ya sean familiares, civiles o políticos. Negados los vínculos que nacen de la responsabilidad y libertad de los hombres es imposible preservar la solidaridad y unidad, ya sea en la familia, en la política o en la sociedad, por lo que estas unidades tienden inevitablemente a disgregarse. «Luego por lo que hace a la cuestión de la unidad, la negación del pecado va a parar al nihilismo».

Un cuarto de siglo más tarde, Dostoyevski coincidió con Donoso en señalar la disgregación como el principal rasgo del nihilismo. «Si he de decir la verdad —observa el escritor ruso—, pareceme que ha empezado aquí una época de disgregación general. Todos se sustraen, todos se aíslan (...) Rompen sin duelo los antiguos vínculos... se retraen, apartan, miran al vacío... todo se desperdiga, se desparra- ma», Se trata de una «descomposición química de nuestra sociedad tocante a sus principios básicos, que ahora de pronto se advierte». La diferencia entre el español y el ruso, es que el primero previó la llegada de los nihilistas, Dostoyevski, en cambio, los vió. Y los describe así: «Predican lo nuevo ... el nuevo hombre, un lenguaje nuevo, no conocen la literatura europea, ni la rusa; no han leído ni quieren leer nada... hace unos días me hablaron de una palabra nueva... nihilista es quien se retrasa y aísla, orilla cuidadosamente nuestra fe cristiana». Pero lo más grave de todo es que ya se ha manifestado con toda claridad un hecho extraño, dice, y ese

Elio GALLEGO: *Estado de disolución: Europa y su destino en el pensamiento de Donoso Cortés*, Sekotia 2017

hecho es ... “la última palabra de la civilización”». ¿Es el nihilismo esta última palabra? Por lo demás, las consecuencias morales del nihilismo son claras: «Si todo cuanto nos enseñaron eran prejuicios, ¿por qué observarlo? Si no hay nada, entonces se puede hacer todo».

La disgregación y la disolución de los vínculos es la consecuencia social del nihilismo, pero ¿qué sucede con el hombre? «Por lo que hace al hombre individual —responde Donoso—, procede su negación de diferente manera. El hombre individual es el único que puede existir hasta cierto punto sin ser uno y sin ser solidario; lo que niega negando su unidad y solidaridad es que en los diferentes momentos de su vida sea una misma persona. Si no hay vínculo de unión entre los tiempos pasados y los presentes y entre los presentes y los futuros, lo que se sigue de aquí es que el hombre no existe sino en el momento presente; pero en esta suposición es claro que su existencia es más fenomenal que real». (...) La lógica histórica para alguien tan inspirado por la sabiduría evangélica como Donoso ofrecía pocas dudas. El hijo pródigo no tomó la decisión de recibir la herencia para detenerse a mitad del camino. Pero llegados aquí, conviene señalar una diferencia entre la parábola evangélica y la parábola descrita por Europa en su decurso histórico. La diferencia entre una y otra estaría en que, esta vez, el hijo pequeño no marchó de la casa del padre, sino que lo expulsó, y consiguió incluso convencer al hermano mayor para que le siguiera en su rebelde emancipación. Sea como fuere, lo cierto es que una vez tomada la decisión era evidente que no se detendría hasta malgastar todo el patrimonio heredado, moral y económico. Fácil es de imaginar cómo, una vez gastado el dinero propio, estiraría su situación hasta el límite mediante deudas y empréstitos, con tal de no renunciar a su estilo de vida, a sus pasiones y goces, y así hasta no poder más. El final es sabido, acaba con el más inmundo e impuro de los animales, acaba con los cerdos. (...)

El hijo pródigo, igualmente, al proclamar su emancipación del padre ha renunciado a su propia condición para caer en lo más bajo. Su caída no le lleva sólo a estar entre los cerdos, sino a algo peor, le lleva a asimilarse a ellos, compartiendo sus mismos deseos impuros de comer lo indebido. ¿Fin de la historia? No según la parábola. Sabemos que el hijo después de hallarse muerto y perdido se le concede recordar, tener un gesto de memoria de cuándo vivía con su padre y levantarse.

La civilización cristiana occidental ha entrado

en un estado de disolución, que en la parábola del hijo pródigo queda simbolizada por el «cuidado de los cerdos». Pero con esta forma de muerte espiritual quizá no esté dicha la última palabra, pues tras la muerte bien pudiera hallarse la resurrección. En primer lugar, porque el padre, aun habiendo sido expulsado, no está menos presente. El padre siempre es y, por tanto, está, por mucho que el hijo se empeñe en no reconocerle. Y segundo, de igual modo que el hijo no puede expulsar realmente al padre, tampoco tiene el poder de eliminar el hecho de que nació en una casa, de eliminar sus orígenes. El pasado como es sabido siempre permanece y, de un modo o de otro, siempre vuelve como

redención o como condena. ¿Recordará y abrazará nuevamente el hombre europeo sus orígenes? ¿Se levantará? Es posible. Y, sin embargo, una cosa es segura. No lo hará hasta que no se agoten todas sus posibilidades, todo su patrimonio,

o, agotado éste, pueda seguir endeudándose. Las masas europeas seguirán a sus líderes mientras éstos les sigan garantizando un mínimo de seguridad y bienestar, aun llevándolas, como es evidente que lo están haciendo, a la quiebra moral y económica más absoluta. Todo parece indicar, en efecto, que el crédito se agota y las deudas cada vez son más difíciles de pagar. Eso sin contar con el hecho de que los extraños cada vez simulan menos su deseo de quedarse con la casa hipotecada. Y así hasta la quiebra total del sistema. Pero

cuando esto acontezca, por pura necesidad, la libertad del hombre europeo se verá urgida nuevamente a decidir entre el olvido y la memoria, entre el desafecto y la filiación, entre la muerte, ahora sí definitiva, y la vida. En ese momento es cuando podrá acontecer, quizá, un nuevo inicio para nuestra vieja y querida civilización occidental, cuando por pura misericordia se genere un espacio para que pueda despuntar la virtud teologal más necesitada y anhelada en nuestros días, la de la esperanza.

LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA OCCIDENTAL HA ENTRADO EN UN ESTADO DE DISOLUCIÓN, QUE EN LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO QUEDA SIMBOLIZADA POR EL «CUIDADO DE LOS CERDOS»

LAS MASAS EUROPEAS SEGUIRÁN A SUS LÍDERES MIENTRAS ÉSTOS LES SIGAN GARANTIZANDO UN MÍNIMO DE SEGURIDAD Y BIENESTAR, AUN LLEVÁNDOLAS, COMO ES EVIDENTE QUE ESTÁN HACIENDO, A LA QUIEBRA MORAL Y ECONÓMICA MÁS ABSOLUTA.

Enrique Ramière: hacia un despotismo colosal

EVARISTO PALOMAR MALDONADO

La mirada sociológicamente sobrenatural del padre Ramière

EL venerable padre Ramón Orlandis, en su nuclear *Pensamientos y ocurrencias* y en torno a 1925, escribía acerca de Enrique Ramière: «buen conocedor de las dificultades y peligros de nuestros tiempos... pertrechado con una buena provisión de ciencia teológica y social... propone todo un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural (...) profundo sociólogo, ve el mundo abocado a una catástrofe que tiene por humanamente inevitable»¹ encuadra a Ramière junto a los españoles Balmes y Donoso y el saboyano De Maistre, como «hombres que han tenido una visión genial de la historia y que, favorecidos de un espíritu casi profético, habían anunciado nuevos tiempos». Para enfatizar seguidamente a Ramière como «el mayor genio de los cuatro, ... el mayor genio, incluso político, de su época». No nos corresponde en estas líneas ni siquiera pergeñar su sistema, sino apuntar un esbozo del horizonte que se desplegaba ante su observación de las tendencias. El mismo Creus² insistirá: «vísperas de una época terrible»; «triumfo natural del mal».

Hay con todo un dato excepcional en la mirada sociológicamente sobrenatural de Ramière. Cruzado el ecuador del siglo XIX, una serie de acontecimientos presiden y dan alas al águila en su vuelo: sea el primero, la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María –1854–; segundo, la extensión universal de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús –1856–; tercero, el profético *Syllabus* –1864–. Por lo demás, de la mano del beato Pío IX tomaba impulso una corriente que venía ya firme en la expansión misional de la santa Iglesia desde el pontificado de Gregorio XVI. Una primera decantación se nos ofrece en un hecho del todo singular en el cambio de siglo, la consagración del género humano al Corazón de Jesús por S.S. León XIII. Ramière –esto que tanto había anhelado– lo contemplaría ya desde el Cielo.

La atención a lo social de manera específica y con intención sistemática irrumpe en Ramière a borboto-

nes: para el mismo 1861, *De Iure civile et político*, que se integra en su *Philosophia Moralis*; *L'Église et la civilisation moderne*; *Les Espérances de l'Église*. Súmese para este mismo año dos referencias más, tanto cuantitativas como cualitativas: publica su *Apostolat de la Prière* y echa su andadura el vigoroso mensual *Méssager du Coeur de Jésus*. Poco posterior, *Le règne de Jésus –Christ dans l'histoire* (1862-1863). En 1870 ve la luz *Les doctrines romaines sur le libéralisme envisagées dans leurs rapports avec le dogme chrétien et avec les besoins des sociétés modernes*– cuyo título propio al decir del mismo Ramière lo sería *La souveraineté sociale de Jésus-Christ*-. Y de esta misma época, su inédito *Le triomphe de Jésus-Christ sur la terre*. También, destacamos la serie *Le banqueroute du libéralisme*, manifiestativa de una laboriosidad solo sostenida por el Espíritu Santo.

Proceso histórico hacia un absolutismo arbitrario

RAMIÈRE divisa en lontananza un hecho sin parangón. Tocqueville, al regreso de su periplo americano –*De la démocratie en Amérique*– lo había anunciado: disponemos de libertad para elegir nuestros tiranos. Con nomenclatura todavía tradicional y que muy difícilmente alcanza a expresar el tono y profundidad de los acontecimientos por venir, Ramière lo vislumbra como un despotismo colosal. Su escenario alcanza el conjunto continental en los dominios británico, francés, ruso, otomano, chino y japonés. Alemania aún al cabo de los tiempos; mientras Austria, afirmada imperial en 1806 por Napoleón, todavía respira. El impulso democrático –sea nacional, sea popular– lo barrerá todo hacia su plena manifestación y consolidación social. Atendiendo sus causas, distingue una directa y otras secundarias que lo excitan. Causa directa es el principio liberal; se proclama como libertad. De entre las secundarias –sostenida como igualdad– la tendencia niveladora, que opera al mismo tiempo mediante individuación y planificación administrativa extremas. La superación tecnológica de los límites de tiempo y espacio da en la pretensión de la fraternidad. Por síntesis, y advirtiendo con Ramière que en realidad trabaja por inversión del plan divino, podemos formularlo

1. (Cf. Editorial Balmes, Barcelona, 2000, 71). Luis CREUS VIDAL -Introducción a la apologética, 1957, 346 ss.

2. p. (345-370)

a modo de Asamblea *—ecclesia—* federativa *—alianza* o pacto *—cosmopolita —universal—* (léase en contraste con la Alianza entre Dios y su pueblo en la Iglesia ordenada por su fin a todos los hombres; esto es, católica), o simplemente la Federación atendiendo su fundamento. De pretensión carnal en lenguaje paulino, su impulso es de intención mesiánica y autosalvífica.

Atendamos la causa directa de coloso de proporciones sin medida. Bajo razón práctica, dos conformaciones presiden los tiempos modernos, una la revolución luterana, otra la liberal. La primera asume como criterio el individuo singular, a la par que resuelve lo político como soberanía mediante identidad entre quien ejerce el gobierno y Dios. Su consolidación es Westfalia, «*cuius regio, eius religio*» (1648). Su expresión, el Estado confesional. El criterio de la segunda es el singular colectivo enunciado como soberanía de la voluntad general. Su institución política primera acontece cuando la Revolución sobre Francia (1789). Su explanación, el mismo Estado como confesión y profesión de la fe meramente civil afirmado como Nación. Ahora, ni una ni otra habían alterado sustantivamente la vida social: nacimiento, matrimonio, defunción. A la altura de 1800 los hechos determinantes en nuestra existencia y condición los riges la fe en Jesucristo. Aún y para la época, empíricamente no se identifican en manera alguna la nación y la vida social. El *Code* de Napoleón laminará toda relación social.

Las tendencias del espíritu y de las sociedades, por razón de contexto y mediante lógica estricta, manifiestan dos fuerzas que recíprocamente se alimentan: centrífuga o disolvente de todo vínculo y cualquier principio; centrípeta o absorbente por identidad niveladora. En su decantación efectivamente social actúan al unísono como desvinculación máximamente progresiva de todo singular empírico como sustantivación de la sola naturaleza.

La desvinculación primera la observa Ramière en el cesarismo político de Francia y Germania, ya en la segunda mitad del siglo XIII. Anunciándose como libertad, eclosiona en la “razón de Estado” y enfila una caracterización gnóstica de inmanencia. Como tal tarea desvinculadora ostenta dos propiedades; una, desprecia todo criterio legítimo de autoridad; por lo mismo, no reconoce límite moral alguno. De donde se aboca decididamente a la solución anárquica así

como a la afirmación irracional de la pura fuerza. Su alcance lo desvelará la tecnología. A la altura de mediados del siglo XIX la desvinculación había profundizado su penetración social mediante las desamortizaciones civiles y la liberación del capital, al mismo tiempo que la educación devenía nacional.

El despotismo en su alcance democrático

EL nuevo despotismo se ve favorecido por la tendencia niveladora, pretendida como igualitaria y fomentada por la ilusión panteísta (propia de los espíritus elegantes) o el materialismo ateo. Mientras estanca todo impulso de autonomía personal y social, genera una pasividad inerte que revierte constantemente a la administración pública: de manera que según crece el poder y monopolio del Estado se van disolviendo los lazos sociales. La democracia configura así un colectivo de individuos respectivamente anónimos.

Por lo demás, un hecho «*in crescendo*»: la tendencia de la sociedad humana hacia la unidad, consignada en cuatro manifestaciones. Los avances técnicos —que concreta a su altura en la electricidad y el vapor— por los que tiempo y espacio tienden a desaparecer. El comercio que, más allá de la lucha de intereses, aboca a una solidaridad por encima

de fronteras. Los cálculos políticos que incitan necesariamente a alianzas internacionales, determinando éstas las mismas vidas nacionales. Y cuarto, el esfuerzo de la misma impiedad en proclamar la fraternidad consciente de que el esfuerzo a la unificación sólo opera por fusión.

Este despotismo colosal, en su alcance democrático, presenta como nota más característica el hecho de que se reviste de la virtud de la ley:

Si, por eufemismo, se habla entonces del Estado liberal moderno como «Estado de Derecho», no lo es en el sentido de una limitación de su poder, sino tan sólo en el sentido de que, en modo contrario al absolutismo arbitrario de otros tiempos, el Estado moderno envuelve su régimen absoluto de formas legales. Todo derecho descende de la voluntad del Estado encarnada en la ley; y todo derecho que no ha recibido esta consagración, el Estado que es «la conciencia pública», puede según su gusto tanto limitarlo como abolirlo.



(«*Le libéralisme tyrannique et le libéralisme liberal*», Études, enero 1880, 11).

La cuarta bestia que devora toda la tierra

CON todo, y al objeto de hacernos una idea más precisa del alcance y magnitud de este inmenso despotismo que avanza de manera desbocada ante nuestros ojos, es conveniente prestar atención al comentario que Ramière dedica al cuarto animal de la profecía de Daniel -«*La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará*»-. Escribe:

«Pero mucho más terrible todavía es la cuarta bestia con sus dientes y garras de hierro. Volveremos a encontrarla en el Apocalipsis y la conoceremos mejor, pero podemos apreciar ya su infernal malicia. Devora la tierra entera, triturándola con sus mandíbulas y aplastándola bajo sus pies. ¿Qué es, pues, y qué representa? ¿Cómo no reconocer la última de las herejías, la más seductora de las falsas religiones, la más despiadada de las tiranías: esta adoración del hombre por sí mismo que toma diversos nombres según lo considera en sus diferentes aspectos? Se le denomina racionalismo, en tanto que no reconoce luz alguna superior a la de la razón; liberalismo, en tanto que no quiere otra autoridad que aquélla que se constituye por la voluntad humana como principio; socialismo, en tanto que se atribuye según el propio capricho el cambiar las leyes constitutivas de las sociedades humanas; cesarismo, en tanto que no admite más soberanía que la del estado. Pero su verdadero nombre, aquél

que mejor expresa su tendencia dominante y su más ardiente pasión es el de anticristianismo. Jesucristo es el enemigo personal al que ha declarado una guerra a muerte ... No excluye pues ningún error; al contrario, todo lo acoge en su seno, con la única excepción de la verdad. Con seducciones para todos los apetitos y fascinaciones para todos los orgullos, somete los pueblos por el cebo de la licencia y los poderes por el de la tiranía. Los que ceden ante ella los devora, los que le resisten los aplasta. Poderes políticos, talentos literarios, la ciencia, las artes, la industria, el comercio, la riqueza, las diversiones, las obras de beneficencia; todo le sirve de instrumento para aumentar su imperio, acrecer el número de sus víctimas y extender sus devastaciones» (*Le triomphe...*, manuscrito, 1870-1872, f° 131-132).

La referencia apocalíptica apuntada supra es al texto «Y vi surgir del mar una Bestia ...», bestia a la que la tierra entera sigue maravillada (cf. cap. 13):

«Podemos reconocer sin la menor dificultad la Bestia que san Juan ve surgir del mar. Es evidentemente aquélla que había sido mostrada a Daniel .../... El Espíritu Santo ... le hace ver como reunidos en un solo cuerpo todos los errores que, en esta gran lucha, deben combatir a la verdad; asociación que lejos de procurarnos la menor dificultad no hace más que confirmar lo que decíamos al interpretar la profecía de Daniel, a saber, que el anticristianismo, figurado por el cuarto animal, no es tanto un error particular como la suma y quintaesencia de todos los errores. .../... [tanto Daniel como san Juan] lo ven someter bajo su poder toda tribu, pueblo, lengua y nación y hacerse adorar por la tierra entera» (*Le triomphe...*, f° 138-140).

La sociedad sin Dios corrompe la libertad y pervierte la autoridad

Y en efecto, dejando el juicio de lo bueno y verdadero a la razón humana sola y única, desaparece la distinción propia del bien y del mal; lo torpe y lo honesto no se diferenciarán en la realidad, sino según la opinión y juicio de cada uno; será lícito cuanto agrade, y, establecida una moral, sin fuerza casi para contener y calmar los perturbados movimientos del alma, quedará naturalmente abierta la puerta a toda corrupción. En cuanto a la cosa pública, la facultad de mandar se separa del verdadero y natural principio, de donde toma toda su virtud para obrar el bien común; y la ley que establece lo que se ha de hacer u omitir, se deja al arbitrio de la multitud más numerosa, lo cual es una pendiente que conduce a la tiranía.

LEÓN XIII, encíclica *Libertas*

«Un nuevo y más intenso despotismo»

Alexis de Tocqueville (1805-1859), escritor y político francés, profundo conocedor de la realidad política europea y norteamericana denuncia los peligros que acechan a la democracia sometida al despotismo del poder político y de la opinión pública.

Entresacamos algunos fragmentos de La democracia en América II. (Cuarta parte cap.VII), que muestran la trágica tendencia de los hombres, cada vez más individualistas, inmersos en sus quehaceres diarios y que han renunciado a defender sus libertades en pro de un Estado que se pretende eterno vigilante y protector, omnisciente y paternal y que considera a sus súbditos en una eterna infancia.

QUIERO imaginar bajo qué rasgos nuevos el despotismo podría darse a conocer en el mundo; veo una multitud innumerable de hombres iguales y semejantes, que giran sin cesar sobre sí mismos para procurarse placeres ruines y vulgares, con los que llenan su alma. Retirado cada uno aparte, vive como extraño al destino de todos los demás, y sus hijos y sus amigos particulares forman para él toda la especie humana: se halla al lado de sus conciudadanos, pero no los ve; los toca y no los siente; no existe sino en sí mismo y para él sólo, y si bien le queda una familia, puede decirse que no tiene patria. Sobre éstos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga sólo de asegurar sus goces y vigilar su suerte. Absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno, se asemejaría al poder paterno, si como él tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad viril; pero, al contrario, no trata sino de fijarlos irrevocablemente en la infancia y quiere que los ciudadanos gocen, con tal de que no piensen sino en gozar. Trabaja en su felicidad, mas pretende ser el único agente y el único árbitro de ella; provee a su seguridad y a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, arregla sus sucesiones, divide sus herencias y se lamenta de no poder evitarles el trabajo de pensar y la pena de vivir. De este modo, hace cada día menos útil y más raro el uso del libre albedrío, encierra la acción de la libertad en un espacio más estrecho, y quita poco a poco a cada ciudadano hasta el uso de sí mismo.

La igualdad prepara a los hombres para todas estas cosas, los dispone a sufrirlas y aun frecuentemente a mirarlas como un beneficio. Después de haber tomado así alternativamente entre sus poderosas manos a cada individuo y de haberlo formado a su antojo, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera y cubre su superficie de un enjambre de leyes compli-

cadadas, minuciosas y uniformes, a través de las cuales los espíritus más raros y las almas más vigorosas no pueden abrirse paso y adelantarse a la muchedumbre: no destruye las voluntades, pero las ablanda, las somete y dirige; obliga raras veces a obrar, pero se opone incesantemente a que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero oprime; mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce, en fin a cada nación a un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo pastor es el gobernante.

Siempre he creído que esa especie de servidumbre arreglada, dulce y apacible, cuyo cuadro acabo de presentar, podría combinarse mejor de lo que se imagina con alguna de las formas exteriores de la libertad, y que no le sería imposible establecerse a la sombra misma de la soberanía del pueblo.

En nuestros contemporáneos actúan incesantemente dos pasiones contrarias; sienten la necesidad de ser conducidos y el deseo de permanecer libres. No pudiendo destruir ninguno

de estos dos instintos contrarios, se esfuerzan en satisfacerlos ambos a la vez: imaginan un poder único tutelar, poderoso, pero elegido por los ciudadanos, y combinan la centralización con la soberanía del pueblo, dándoles esto algún descanso. Se conforman con tener tutor, pensando que ellos mismos lo han elegido. Cada individuo sufre porque se le sujeta, porque ve que no es un hombre ni una clase, sino el pueblo mismo, quien tiene el extremo de la cadena. En tal sistema, los ciudadanos salen un momento de la dependencia, para nombrar un jefe y vuelven a entrar en ella. Hoy día hay muchas personas que se acomodan fácilmente con esta especie de compromiso entre el despotismo administrativo y la soberanía del pueblo, que piensan haber garantizado bastante la libertad de los individuos, cuando la abandonan al poder nacional. Pero esto no basta, la naturaleza del jefe no es la que importa, sino la obediencia.



*Alexis de Tocqueville
(1805-1859)*

Chesterton: «Lo que está mal en el mundo»

Las citas han sido extraídas de la ponencia «Chesterton profético»; de Dale Ahlquist, presidente, American Chesterton Society. Conferencia inaugural del Congreso Internacional sobre Chesterton, con ocasión del 75º aniversario de su fallecimiento. Madrid (organizado por CEU–San Pablo) el 27 de febrero de 2012.



pa casi únicamente de la dieta». (*Illustrated London News*, mayo 11, 1929).

«Los hombres modernos han perdido completamente la alegría de vivir. Tienen que enarbolar los mezquinos sustitutos de la alegría de vivir. E incluso así, parecen cada vez menos capaces de disfrutar». (*Seven Djays Hard*, Charla retransmitida en la radio, 1934).

«El materialismo moderno es solemne con los deportes porque no tiene otros ritos que solemnizar». (*Illustrated London News* 15 Nov, 1930).

«La teoría del Estado socialista mantiene que el Estado es único y absoluto en temas morales, es decir, que no existe apelación a él desde Dios o desde los hombres, a la Cristiandad o a la conciencia, al individuo, la familia, o a la fraternidad de toda la humanidad». (*Illustrated London News* Dic. 21, 1918).

«Todo el sistema estructural de la civilización suburbana se basa en el empeño por tener cuartos de baño y en el de no tener bebés». (*G.K.'s Weekly*, julio 6, 1929).

«La verdadera religión actual no se preocupa de dogmas ni de doctrinas. Se preocu-

«En este momento, los hombres modernos están monstruosamente sobreestimulados y, por lo tanto están echados a perder. Las noticias, las novelas, las películas y los sensacionalismos publicitarios están constantemente jugando con sus emociones». (*New York American*, 20 agosto, 1935).

«Una nación que sólo tiene sus diversiones, no se divertirá mucho tiempo». («The Canterbury Tales» Chaucer).

«Un fanatismo extraño llena nuestro tiempo: el odio fanático a la moral, especialmente a la moral cristiana». (*The Moral Philosophy of Meredith*).

«La mera tensión de la vida moderna es insoportable; y en ella, incluso las cosas que los hombres más desean, pueden romperse: el matrimonio, la propiedad justa, la adoración, y el valor misterioso que tiene el hombre». («*The Wrong Incendiary*» A Miscellany of Men).

«La siguiente gran herejía será simplemente el ataque a la moral: y especialmente a la moral sexual... La locura de mañana no estará tanto en Moscú, como en Manhattan». (*GK's Weekly*, 19 de junio de 1926).

«Borrarán la antigua autoridad parental. Su lugar no va a ocuparlo ni la libertad ni la licencia, sino la autoridad mucho más supresora y destructiva del Estado». (*Illustrated London News* 24 de noviembre de 1928).

«La ortodoxia es la única herejía perseguida.» (*Illustrated London News*, 6 junio, 1935).

«La tendencia actual de la reforma social parece que consiste en destruir todo rastro de los padres». («*The Family and the Feud*» *Irish Impressions*).

«Podemos hablar de Dios como una metáfora o una mistificación; puedes suavizarle con largos discursos, o reducirle a la mínima expresión con la metafísica; y ya no es que nadie castigue, sino que nadie protesta. Pero si hablas de Dios como un hecho, como una cosa parecida a un tigre, como una razón para cambiar la conduc-

ta de uno, entonces el mundo moderno te parará de alguna manera, si puede». (*The Philosopher*, George Bernard Shaw).

«Hay más de una forma de cometer infanticidio; y una forma es asesinar a la infancia sin matar al niño». (*Rhymes for Children*, GKC as MC).

«Casi nadie (fuera de cierta prensa de carácter religioso) se atreve a defender a la familia. El mundo a nuestro alrededor ha aceptado un sistema social que niega a la familia. Ayudará a veces al niño, en lugar de a la familia; a la madre, en lugar de a la familia, al abuelo, en lugar de a la familia. No ayudará a la familia». (*G.K.'s Weekly*, 20 septiembre de 1930).

«Se permitirá al gobierno y a los expertos, sin juicio o discusión, disponer de las generaciones de no nacidos con la ligereza de los dioses paganos. Estamos colocando lo “oficial” en un trono». («*The Chartered Libertine*». A *Miscellany of Men*).

«Personas que comienzan a combatir a la Iglesia en el nombre de la libertad y la humanidad, terminan desechando la libertad y la humanidad con tal de combatir a la Iglesia». («*The Romance of Orthodoxy*,» *Ortodoxia*).

«Se está haciendo difícil discutir sobre moral con gente cuya misma inmoralidad es indefinida». (*Illustrated London News*, 5 de enero de 1935).

El Estado servil de Belloc



La figura de Hilaire Belloc (1870-1953) ha quedado ligada a su íntimo amigo, Gilbert Keith Chesterton, con quien formó ese temible ser que sus adversarios bautizaron como «Chesterbelloc». Ambos animaron lo que se dio en llamar distributismo (un nombre horrible, como el propio Belloc confesaba) cuyo texto fundante es el titulado «El Estado servil», del propio Belloc. Allí, Belloc advertía de que el capitalismo se encontraba en un camino sin salida debido a la concentración del capital en unas pocas manos y a la inseguridad que provocaba entre las grandes masas de población meramente asalariadas. En esta situación, las posibilidades de futuro eran tres: o bien el acceso de muchísima más gente al capital, o sea, el distributismo, o bien el colectivismo comunista o, por último, lo que Belloc llamaba el Estado servil.

No parece que hayamos avanzado mucho por la vía de la distribución del capital, y el colectivismo comunista ha fracasado, mientras que las predicciones de Belloc acerca del Estado servil se han ido haciendo realidad. Un Estado servil que, en una provocadora imagen, relaciona con el estado de esclavitud, al que se asemeja y del que se diferencia solamente por los residuos de nuestra civilización cristiana que nos impiden aceptarlo abiertamente.

La característica principal del Estado servil es la ausencia de libertad política y económica real, a cambio de «[la] satisfacción de ciertas necesidades vitales y un nivel mínimo de bienestar». Esto, pronosticaba Belloc, no sería consecuencia de cataclismos ni violencias, sino que «los hombres estarán conformes en aceptar ese orden de cosas y seguir viviendo en él». Belloc se muestra así como profeta del crecientemente invasivo e intervencionista Estado del bienestar: «Todo lo que el pueblo inglés puede esperar es el mejoramiento de su condición mediante regulaciones e intervenciones venidas de lo alto, pero no mediante la propiedad, no mediante la libertad».

¿Alguien podrá negar a Belloc esta categoría profética después de leer esta previsión sobre el papel del Estado moderno y su capacidad para generar más y más burocracia?:

«Así, el dinero recaudado por concepto de impuesto sucesorio a raíz de la muerte de un hacendado no muy rico se convierte en tres kilómetros de empalizadas para los agradables jardines que tienen en sus casas un millar de nuevos funcionarios creados por la Ley contra el alcoholismo».

A handwritten signature in black ink that reads "H. Belloc". The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

La opción benedictina

JORGE SOLEY CLIMENT

Un libro debatido

OCURRE CON cierta frecuencia un fenómeno editorial: la aparición de un libro que provoca un intenso debate sobre algún aspecto y se convierte de este modo en «el libro que hay que haber leído» para estar a la última. Lo que ya es mucho más extraño es que este libro sea de temática religiosa como ha sido el caso de *La opción benedictina*, del periodista norteamericano Rod Dreher, publicado en 2017 en Estados Unidos y en 2018 en sus traducciones francesa, italiana y, finalmente, española.

Inicialmente planteado como un artículo extenso, Dreher amplió su escrito y le dio forma de libro, consiguiendo inmediatamente una gran difusión, sacudiendo el mundo católico anglosajón y dando pie a innumerables debates que han ido ampliándose a otros ámbitos culturales a medida que el libro era traducido a otras lenguas.

Una estrategia para los cristianos en una nación post-cristiana

LA clave de este enorme interés es que Dreher parte de uno de los hechos más obvios de nuestro tiempo, pero sobre el que se prefiere sencillamente no hablar: la transformación del contexto social, cultural y político en los países occidentales hacia una creciente presión, cada vez más invasiva, para que los menguantes cristianos ajusten sus mentalidades y comportamientos a lo que el poder determina que es aceptable en cada momento. Evidenciando la influencia de MacIntyre, el subtítulo del libro de Dreher es muy expresivo: «*Una estrategia para los cristianos en una nación post-cristiana*».

El punto de partida del diagnóstico que nos propone es la imposibilidad de continuar con aquella ficción

de que el Estado laico es neutral. Podemos discutir si alguna vez lo ha sido realmente (una pretensión que podemos calificar, como mínimo, de dudosa), pero lo que es indudable es que el Estado, en Occidente, hoy en día, no es neutral. Dreher hablará de «un nihilismo secular hostil que ha triunfado en el gobierno y la cultura y enseña los dientes a los cristianos tradi-



Monasterio benedictino de sant Pere de Rodas, Gerona (s.X-XI)

cionales». La progresiva imposición de la ideología de género como verdad oficial e indiscutible confirma este diagnóstico. En esta nueva situación, Dreher plantea que hay que buscar el modo en que los cristianos podamos sobrevivir en un entorno cada vez más hostil.

La opción benedictina que propone consistiría en imitar a san Benito en su

retirada del mundo para crear, en los márgenes, comunidades con otros cristianos que vivirían como exiliados en su propio país. Al igual que san Benito abandonó una sociedad que colapsaba en el siglo VI, los cristianos occidentales deberíamos responder al colapso civilizatorio actual concentrando nuestros esfuerzos en construir comunidades alternativas que vivan con intensidad y consecuentemente su fe, «en lugar de gastar recursos y energía en batallas políticas que están perdidas de antemano». He aquí precisamente uno de los puntos más controvertidos de *La opción benedictina*: una retirada de la política que partiendo de una profunda verdad, «la política no nos salvará», puede fácilmente desembocar en posturas fideístas y pietistas (de hecho el mismo Dreher ha matizado esta cuestión, aceptando determinadas batallas políticas... sólo si no nos distraen mucho de la tarea principal a la que estamos llamados).

Estas comunidades pueden ser grupos de cristianos que vivan cerca los unos de los otros y se reúnan en torno a una iglesia, o nuevas comunidades religiosas, o nuevas escuelas o grupos de familias que se ayuden las unas a las otras... las aplicaciones concre-

tas son numerosas y su catálogo no lo agota Dreher (de hecho ya han aparecido otras obras con propuestas de lo más variopinto). *La opción benedictina* propone una imagen de la Iglesia como comunidad en el exilio, desengañada de aventuras políticas en las que los cristianos siempre son utilizados por el poder secular y no obtienen de su colaboración y sacrificios más que migajas sin importancia, y eso cuando hay suerte (quien pone sus esperanzas en, por ejemplo,

El cristianismo que aspira a hacer compatible la vida de la fe con los criterios del mundo, repartiendo equitativamente entre dos señores, está condenado a desaparecer.

elegir un determinado candidato a la presidencia del país, dejando de lado la tarea de elaborar una cultura alternativa y comunidades en las que ésta sea una realidad, está condenado al fracaso, advierte Dreher a partir de la experiencia política norteamericana). El futuro de la Iglesia que preconiza Dreher es uno en la que ésta se vuelque en crear esa nueva cultura en la periferia que pueda sustituir a la actual en el momento en que ésta colapse definitivamente.

Adherirnos a una comunidad estable de fe

ADEMÁS, es un futuro comunitario, en el que quienes conciben la vida de la fe al modo individualista son incapaces de resistir a los embates de esta modernidad tardía y hostil a la fe: ya no es solamente el Estado, por otra parte cada vez menos «estructura administrativa» y más «generador de cultura», es todo el ambiente en que desarrollamos nuestras vidas el que se ha convertido en un aire viciado, cada vez más irrespirable: «la cultura popular tiene una fuerza de disolución que requiere un esfuerzo ímprobo de los individuos y las familias que quieren hacerle frente por su cuenta. En los tiempos que corren, adherirnos a una comunidad estable de fe es una necesidad». Una vida comunitaria de la que, y no es ninguna casualidad, la Regla de san Benito es modelo. Como escribe Dreher, «los pasajes de la Regla que hablan de la obediencia buscan fomentar la responsabilidad mutua. Cada monje depende del resto de la comunidad y todas las decisiones de importancia deben tomarse en conjunto y considerando los deseos de todos. La vida en comunidad conlleva poner los deseos ajenos por encima de los tuyos siempre que al obrar así se sirva a la verdad y al bien». Resulta obvio que la

inmensa mayoría de los cristianos de hoy no vamos a ingresar en un monasterio benedictino, pero este espíritu es aplicable a cualquier estado de vida. Y sobre todo, «el ejemplo benedictino infunde esperanza, pero también nos advierte de que sean cuales sean las circunstancias de un cristiano, no puede permanecer fiel si Dios sólo ocupa una parte de su vida, cercada y separada del resto». El cristianismo que aspira a hacer compatible la vida de la fe con los criterios del mundo, repartiendo equitativamente entre dos señores, está condenado a desaparecer. La advertencia de Dreher a propósito de las llamadas al diálogo con el mundo moderno resulta pertinente: A menudo los cristianos hablan de «acercarse a la cultura, sin advertir que, desprovistos de una cultura distintivamente cristiana, han sido absorbidos por la cultura secular que quieren evangelizar».

Reaprender a sufrir por la fe

LAS propuestas concretas de Dreher oscilan entre las de puro sentido común y las prudentiales, deudoras de su contexto particular. En buena parte de ellas se inspira en los disidentes al comunismo, como Václav Benda, de quien recoge esta receta: «Si no te gusta cómo funciona la universidad, ayuda a los estudiantes a buscar un seminario clandestino impartido por uno de esos brillantes profesores que han expulsado del sistema. Imprime los buenos libros del *samizdat* y repártelos entre el pueblo». No parece que estemos tan lejos, en el Occidente del siglo XXI, de lo que vivían al otro lado del Telón de Acero a mediados del siglo pasado.

Algunos de los epígrafes del libro nos darán una idea de por dónde van las propuestas benedictinas: Redescubrir la adoración litúrgica, Reaprender a sufrir por la fe, convertir nuestras casas en monasterios domésticos (dando prioridad a la vida religiosa pero, también, convirtiéndolas en lugares de acogida y hospitalidad), cuidar las amistades de nuestros hijos, buscando que «al menos la mayoría compartan las mismas convicciones», enseñar la Biblia a los niños, adentrar a los jóvenes en la historia de Occidente, sin temor a ser inconformista: «Procura que tus hijos sean conscientes de que vuestra familia es diferente y no te disculpes por ello. No es una cuestión de esnobismo, sino de inculcarles la convicción de que hay ciertas cosas que la familia no hace y que no pasa nada». Educando siempre en preparación de la pobreza y la marginación, cuando no del martirio.

Necesidad de repensar nuestra presencia cristiana en el mundo

Las críticas a este planteamiento han sido muy variadas: acusaciones de fatalismo y pesimismo, acusaciones de negación de la ley natural y de desconfianza en el poder de la argumentación racional, críticas a tomar el monacato como modelo para la vida laical, en lo que sería una mentalidad de gueto, a su utopismo (pues, advierten algunos, los nuevos bárbaros que tienen el Estado en sus manos no permitirán que florezca esa cultura paralela por la que aboga Dreher y poseen, hoy en día, medios mucho más poderosos y sofisticados que aquellos de los que disponían los enemigos de la Iglesia en el siglo VI), o incluso la acusación de que *La opción benedictina* es una mera operación de marketing pues, de hecho, muchos católicos y movimientos ya la están poniendo en práctica, cada uno a su estilo y sin tantas alharacas (algo que el autor reconoce al recoger en el libro diversas de estas experiencias).

Ante este aluvión de críticas Dreher se ha defendido reiterando su mensaje nuclear. Los modos en que los cristianos debemos enfocar nuestra presencia en la vida pública (y también nuestra defensa ante las pretensiones invasivas del Estado, por ejemplo en lo que se refiere a la educación de nuestros hijos) serán, por fuerza, muy diversos y cambiantes atendiendo a cada contexto particular, pero sigue siendo válida la intuición inicial: en un mundo crecientemente intolerante ante el mensaje cristiano, las recetas del último medio siglo ya no valen y hemos de repensar nuestra presen-

cia cristiana en el mundo priorizando la transmisión de una fe viva.

Un planteamiento que no se aleja mucho, acaba de reconocer Mons. Gänswein, de aquellas minorías creativas de las que escribía Joseph Ratzinger haciéndose eco del pasaje del Evangelio que nos llama a ser

Hoy se hace precisa una ascesis fuerte, tanto más oportuna hoy cuanto mayor es el asedio, el asalto del siglo amorfo y corrompido que nos circunda. Defenderse, preservarse, como quien vive en un ambiente de epidemia.

como «la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta».

Quizás Dreher no esté tan lejos de lo que afirmaba san Pablo VI el 21 de noviembre de 1973: «Hemos andado fuera del camino guiados por el conformismo con la mentalidad y con las costumbres del mundo profano. Volvamos a escuchar la apelación del Apóstol Pablo a los primeros cristianos: “no queráis conformaros al siglo presente, sino transformaos con la renovación de vuestro espíritu”... Se nos exige una diferencia entre la vida cristiana y la profana y pagana que nos asedia; una originalidad, un estilo propio. Digámoslo claramente: una libertad propia para vivir según las exigencias del Evangelio. Hoy se hace precisa una ascesis fuerte, tanto más oportuna hoy cuanto mayor es el asedio, el asalto del siglo amorfo y corrompido que nos circunda. Defenderse, preservarse, como quien vive en un ambiente de epidemia».

El poder humano que reclama absoluta sumisión

382 Cuando el poder humano se extralimita del orden querido por Dios, se auto-diviniza y reclama absoluta sumisión: se convierte entonces en la Bestia del Apocalipsis, imagen del poder imperial perseguidor, ebrio de «la sangre de los santos y la sangre de los mártires de Jesús» (Ap 17,6). La Bestia tiene a su servicio al «falso profeta» (Ap 19,20), que mueve a los hombres a adorarla con portentos que seducen. Esta visión señala proféticamente todas las insidias usadas por Satanás para gobernar a los hombres, insinuándose en su espíritu con la mentira. Pero Cristo es el Cordero vencedor de todo poder que en el curso de la historia humana se absolutiza. Frente a este poder, san Juan recomienda la resistencia de los mártires: de este modo los creyentes dan testimonio de que el poder corrupto y satánico ha sido vencido, porque no tiene ninguna influencia sobre ellos.

Compendio de la doctrina social de la Iglesia, BAC, 2005

«El amo del mundo», la novela que se está cumpliendo ante nuestros ojos

MARÍA RAMOS

Una auténtica profecía de nuestro tiempo

EN la historia de la literatura, encontrarse con obras que puedan llegar a considerarse auténticas profecías de un tiempo concreto es algo que se da de un modo bastante excepcional, y es por ello, que su aparición suele causar una gran expectación por parte de los lectores. Un claro ejemplo son las famosas novelas *1984* de George Orwell o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley.

Recomendada por los papas actuales

SIN embargo, la atención de este artículo recae sobre otra obra que destaca no solamente por abarcar los aspectos mencionados anteriormente, sino porque además ha sido asiduamente recomendada por el papa Francisco desde los inicios de su pontificado. Es posible que algunos lectores ya se hayan adelantado y sepan el título de la obra. Sí, se trata de la novela apocalíptica *El amo del Mundo*, escrita por Robert Hugh Benson, aunque también se la ha popularizado con el nombre de *Señor del Mundo*. Aparte de que no es frecuente que un papa recomiende lecturas pertenecientes al género de la novela, sorprende que Francisco haya redundado tanto en esta obra. Y esto hace que uno se pregunte: ¿Qué pretende decirnos con esto el Papa? ¿De qué nos quiere concienciar con su lectura? ¿Qué mensaje puede esconder esta novela?

Todas estas incógnitas pueden ser difícilmente resueltas para aquellos que no hayan leído el libro, pues es tras hacer esto, precisamente, cuando uno puede empezar a hallar una gran coherencia y sintonía entre muchos rasgos esenciales de la novela y los tiempos que corren actualmente. Leer el libro es abrir los ojos y contemplar el mundo que nos rodea con otra mirada. Y es entonces cuando uno comprende la insistencia del papa Francisco

en su lectura. Incluso su predecesor, Benedicto XVI, manifestó al obispo Luigi Negri el gran impacto que le había producido la novela. Fue el mismo Negri el que desveló esto en el prólogo que realizó para una reciente edición italiana de *Señor del mundo*:

«Queridísimos amigos, me alegra acompañar con pocas palabras la reedición de *Señor del mundo*, uno de los libros que más huella han dejado en mi personalidad. Por otra parte, de manera confidencial, puedo decirles que hablando con el Santo Padre Benedicto XVI éste me confió que también para él la lectura de *Señor del mundo*, en la primera edición en lengua alemana, fue un hecho de gran importancia».



Lord of the world, (Londres 1907)

¿Quién era Robert Hugh Benson?

ANTES de meternos de lleno en el contenido y la influencia y repercusión que ha podido tener la novela, vamos a dar unas pinceladas acerca de los orígenes de *El amo del Mundo* y de su autor, Robert Hugh Benson (1872-1914).

Benson fue un brillante e inteligente sacerdote anglicano que, tal y como le había ocurrido al cardenal John Henry Newman unos sesenta años atrás, fue protagonista de una tardía conversión al catolicismo. Esto lo convirtió en el protagonista de una gran polémica y revuelo en la Inglaterra donde nació y vivió, ya que provenía del seno de una familia de profundas raíces anglicanas. Precisamente su padre, Edward White Benson, fue arzobispo de Canterbury hasta su fallecimiento en 1882. Mas eso no fue impedimento para que su hijo, tras emprender un profundo camino de examen interior y moral, abrazase la Iglesia romana en 1903. Estos hechos los relataría él mismo en *Confesiones de un converso*, que vio

la luz poco después de dar este importante paso en su vida. Ya en 1904, se ordenaría sacerdote según el rito católico.

A partir de entonces, Benson exprimió al máximo sus magníficas dotes para la escritura y publicó un gran número de obras en las que demostró su habilidad para manejar todo tipo de registros. Sus publicaciones, en la mayoría de los casos, esgrimían un característico tono espiritual, religioso, filosófico. De este modo, convirtió su obra en el vehículo perfecto para exponer al mundo su pensamiento, fundamentado sobre todo en su experiencia vital. Si hay algo de lo que debemos lamentarnos, es de su prematura muerte a la edad de cuarenta y dos años, por todas las obras de más con las que nos podría haber obsequiado.

Estas habilidades literarias eran algo que le provenía de familia, sin duda. Junto a sus dos hermanos mayores, Arthur Christopher Benson y Edward Frederic Benson, constituyó una de las triadas literarias más relevantes de su contexto. Justamente, estos dos «estaban entre los *illustrissimi* de los escritores eduardianos (del reinado de Eduardo VII, 1901-1910)», tal y como afirma el biógrafo de Robert Hugh, Joseph Pearce, en un artículo para *The Imaginative Conservative*.

Finalmente, en noviembre de 1907 se editó y difundió su obra maestra: *El amo del mundo*. Esta lo encumbró como uno de los padres de la distopía moderna, así como un auténtico profeta de nuestros tiempos.

Una novela sobre el reinado del Anticristo y el fin del mundo

BENSON sitúa la acción en una fecha próxima al año 2000, y presenta como escenario un mundo definido en tres bloques marcados: Europa, Asia y América. El planeta se encuentra ampliamente dominado por el comunismo y por un humanismo ateo que no hacen más que ir *in crescendo*. Es un momento oscuro para los católicos, que ven el deterioro progresivo de la Cristiandad, devorada por estas ideologías que se alimentan del individualismo, la masonería, el panteísmo y un profundo relativismo. Benson nos describe, por tanto, un contexto en el que se están llevando a cabo las consecuencias lógicas de este pensamiento. La fe en Dios se ha truncado por la fe en el hombre, y todo aquél que crea lo contrario será considerado enemigo de esa «verdad» y siervo del «Mal». De este modo, el lector observa el mapa de una Europa en pleno proceso de secularización y que no hace más que proclamar la hegemonía de la humanidad. Este panorama no puede dejar de ser un tanto paradójico



*Monseñor Robert Hugh Benson,
en la época de la publicación de su novela*

y desolador pues nos muestra a un Viejo Continente que quiere prescindir de unas raíces cristianas que son justamente lo que constituyen una de las partes fundamentales de su esencia. Europa, y el mundo con ella, trata de rechazar todo indicio de tradición y religión, combatiéndolos con un progreso frenético, convertido en el instrumento fundamental para propiciar la construcción y el renacer de una nueva humanidad, de un nuevo mundo. En definitiva, Benson retrata el triunfo del espíritu mundano, que se presenta con un envoltorio de engañosa divinidad.

Aun así, en esta Europa descristianizada permanecen algunos resquicios de esa Iglesia agónica. Roma, por ejemplo, se convierte en el núcleo por antonomasia de la Cristiandad, «había sido enteramente entregada a ese viejo vestido de blanco a cambio de todas las parroquias y catedrales de Italia, de modo que las tinieblas medievales permanecían allí».¹

En medio de este panorama, nos encontramos con el padre Percy Franklyn, que en el libro viene a encarnar al conjunto de la Cristiandad. Este sacerdote se encuentra en Londres como ayudante del cardenal protector² de Inglaterra, al que va escribiendo para relatarle la situación de la Iglesia en Inglaterra. A raíz de su correspondencia, se hace evidente la latente preocupación del padre Franklyn acerca del misterio que rodea a la figura enigmática de Julian Felsenburgh. Este es un hombre americano que, de la noche a la mañana, pasa de ser un desconocido a erigirse como líder mundial proclamando, en nombre de la humanidad, la paz y la unificación

1. *El Señor del Mundo*, R. H. BENSON, Stella Maris, 2015

2. Esta nueva figura dentro de la jerarquía de la Iglesia la introdujo Benson de manera ficticia en la novela.

de todo el planeta bajo unos ideales de tolerancia, libertad y fraternidad. Estos no son más que unos envoltorios de hipocresía que ocultan y desembocan en una persecución a los cristianos y a cualquier opositor a este régimen de paz. Al final de la novela vemos cómo la persecución de la Iglesia deja de ser algo encubierto y se torna en una guerra abierta, en nombre de los derechos humanos, que no hace más que contradecir los principios que defienden aquellos que la llevan a cabo. Así, no es difícil llegar a la conclusión de que Felsenburgh, en contraste con Franklyn, es la viva caracterización del Anticristo, cuyos máximos atributos bien cuajarían con la mentira, el engaño, la apariencia.

«Había sido aclamado como rey, adorado con deidad, porque era manso y humilde de corazón. Él, el humilde hijo sobrehumano de una madre humana. Él, que no escoge la espada sino la paz, no la Cruz sino la corona. /.../ Entonces en la luz transfigurada, al sonar los tambores, por encima del batir de pies y de los gritos y sollozos de las mujeres, en un trueno unánime de adoración y rendimiento, diez mil voces lo aclamaron Señor... y Dios.»

La novela consta además de tres personajes que muestran distintos modos de reaccionar y vivir ante esa realidad. En primer lugar, nos topamos con el padre Francis que, abrumado por la mundanidad de lo que le rodea se contagia del espíritu de indiferencia del mundo y deja que su fe sucumba ante la falta de sentimiento y emoción. Es el ejemplo más concreto y elaborado con el que el autor trata de mostrar esa descristianización de la sociedad de la que venimos hablando. A continuación, se nos presentan los personajes de Oliver Brand y su mu-

Algo clave para el desarrollo de la novela es la confianza en el retorno de Cristo, lo que permite a ese reducto de la Iglesia permanecer con la mirada puesta en el Cielo hasta el fin de los tiempos.

jer, Mabel. Él encarna al perfecto adalid del comunismo que impera en sus días y se declara como uno de los más fervientes apoyos y colaboradores de Felsenburgh. Mabel, por otro lado, es una mujer aparentemente firme y optimista en su modo moderno y progresista de ver la vida. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos la va a conducir a un profundo desengaño y, finalmente, al suicidio asistido. No obstante, Benson también nos reserva una figura algo más tranquilizadora que es la de la madre de Oliver Brand, una señora que en los mo-

mentos finales de su vida recupera la fe que había perdido muchos años atrás.

Más allá del trasfondo teológico con el que trata de mostrarnos su intuición de cómo será el fin de los tiempos, Benson acierta de pleno al profetizar una serie de elementos que están totalmente normalizados en nuestro mundo actual. Nos habla de una sociedad en la que los principales medios de transporte serán unos transportes de masas, es decir, ferrocarriles y voladores (semejantes a los aviones). También presagia la presencia de potentísimas y devastadoras armas de guerra y artillería (es importante destacar que él falleció sin haber presenciado ninguna de las dos guerras mundiales), así como la existencia y absoluta normalización y legalización de clínicas de suicidio asistido o médicos administradores de la eutanasia, para ahorrar cualquier tipo de situación extrema de dolor y sufrimiento. Verdaderamente, a uno se le podría pasar totalmente por alto que el autor de *El amo del Mundo* sea un hombre que falleció hace más de un siglo.

La esperanza fundada en el triunfo final de Cristo

SIN embargo, por pesimista que pueda parecer todo esto, Benson no prescinde de ese único elemento capaz de salvar a la Cristiandad: la esperanza. Esto va a ser algo clave para el desarrollo de la novela, pues es la confianza en el retorno de Cristo lo que permite a ese reducto de la Iglesia permanecer con la mirada puesta en el Cielo hasta el fin de los tiempos. De hecho, cuando ya todo parece perdido y que la fe va a ser definitivamente eliminada de la faz de la tierra por los bombarderos de Felsenburgh, Dios regresa haciendo efectiva su segunda venida y corroborando de esta manera su lugar como auténtico «Señor de la historia y del Mundo». Benson no puede elegir un mejor modo de mostrar el apocalipsis de la humanidad en la frase final del libro: *«Entonces pasó este mundo, y su gloria quedó en nada.»*

Resumiendo, a mi parecer Robert Hugh Benson es, indudablemente, uno de esos gigantes que durante largos años ha permanecido en el olvido debido a que sus teorías y profecías hayan sido tildadas de exageradas y catastrofistas. Pero el transcurso de la historia solamente puede hacer justicia a sus palabras, tal y como han corroborado los papas de nuestro tiempo. Sería interesante saber qué diría ahora Benson si se levantase de su tumba y contemplase nuestro mundo.

70 años de la Declaración de los derechos humanos

FRANCISCO M^a MANRESA

EL pasado 10 de diciembre se cumplieron los setenta años de la Declaración de los derechos humanos en la ONU. Puede que setenta años no sea una cifra redonda tan importante como para celebrarse o puede que esté demasiado cerca de los 75 y lo que se esté preparando vaya a dejarnos ciegos de admiración; la realidad es que hemos superado el aniversario sin pena ni gloria.

Considerando que aquella declaración debía ser compromiso con los más grandes anhelos del hombre –felicidad, justicia y paz– y a la que se le llamó sin rubor la «Carta magna de la humanidad» -enfaticando así un hecho que cosechó durante su elaboración más críticas que felicitaciones, que no consiguió aunar a todos los participantes (el bloque ruso, Arabia Saudí y Sudáfrica se abstuvieron) y que pretendía salvar la imagen de inacción de la misma ONU, parece extraño que no reciba más atención.

El mundo occidental vivió en dos siglos y medio los mayores desastres que jamás había vivido la humanidad. Primero quiso deponer a Dios de su trono para colocarse a sí mismo; lo humilló y lo insultó; lo consideró apenas un ser poderoso pero ajeno a los hombres; e incluso despreció el maravillosísimo medio por el cuál quiso redimirnos; y a todo eso lo llamó revolución. Luego no satisfecho decidió liquidarlo de la vida social, lo relegó a los hogares o decidió exterminarlo, para poder en ambos casos crear un mundo sin Él: se erigieron países sobre el desprecio de Dios –o su muerte–, a costa de la libertad y la dignidad de las personas; prometieron la paz y la libertad; prometieron incluso la salvación de los pueblos... pero solamente se volvieron unos contra otros y se mataron a mansalva; y a eso lo llamamos hoy guerras mundiales.

Entonces dijeron que no se había entendido bien, que se necesitaba recrear el mundo bajo los principios

que a su inicio se habían anunciado –ya que Dios ni estaba invitado ni se le esperaba–; y declararon los derechos humanos. Y la firmaron sin rubor países que agitaban ideologías contra sus propios súbditos, países que consideraban a negros como ciudadanos de segunda categoría, países que mantenían colonias degradantes, países que abusaban de sus vecinos despoticamente o que los ultrajaban ignominiosamente. Consagraron de nuevo aquella «voluntad popular» a la que toda voluntad debe someterse, toda conciencia debe asentir y toda rodilla debe doblarse; declararon el derecho sobre la idea de que los hombres son lobos para los hombres; y, faltaría más, volvieron a recordar

que no hay religión verdadera, y que no hay ley más allá que la del hombre.

Luego vino lo que conocemos más de cerca: la Guerra Fría y el terrorismo, las revoluciones culturales y las sexuales, el izquierdismo cultural y el capitalismo salvaje; vino el divorcio, el aborto, la eutanasia y el generismo; la rebeldía y la corrupción; robaron la educación a los padres y el despotismo democrático se erigió en fuente y principio de todo derecho. Y le llama-

mamos modernidad y posmodernidad... para no mirarnos al espejo y reconocernos humillados, vencidos y terriblemente desamparados.

Un día M^a Asunción López Suñer –si rebusca en CRISTIANDAD la descubrirá– se acercó a un grupo de jóvenes y sin que aparentemente viniera a cuento les dijo: «nois, això dels drets humans és un camelu, ho sabeu oi?» [«chicos, esto de los derechos humanos es un timo ¿lo sabéis, verdad?»]. Pues sí, un camelo y de los gordos: los santos padres nos lo habían advertido, pero no les escuchamos. Nos recordaron que si no respetamos los derechos de Dios no respetaremos los de los hombres... y en eso estamos hoy, sin duda.



«Derechos humanos» y desprecio al hombre*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

EL lenguaje político moderno está lleno de graves equívocos

EL término «democracia», que para los griegos significaba la deformidad viciosa de la forma de gobierno republicana –así como la tiranía lo es de la monarquía, o la oligarquía de la aristocracia– había sido admitido en el lenguaje tradicional escolástico para expresar la deseable participación en el poder por parte de todos los miembros de una comunidad. Así en santo Tomás. Pero a partir de la filosofía del siglo XVIII, inspiradora de la Revolución francesa, significa también una concepción del mundo y una filosofía negadora del origen divino del po-

El liberalismo, la democracia de inspiración doctrinal roussoniana y spinoziana, el socialismo en todos sus grados, se apoyan en concepciones filosóficas que niegan la sustantividad espiritual del hombre individual, y su libertad de albedrío y responsabilidad moral.

der y del fundamento de las leyes humanas en una ley natural, participación de la ley eterna.

Un equívoco análogo se da con el término «derechos humanos». Éstos son hoy objeto de atención universal en los ambientes políticos y en los medios de comunicación, y vienen a ser como el lema o bandera que preside la vida colectiva de los estados y de la comunidad internacional. Pero, como efecto de aquellos equívocos, podemos advertir dos hechos a primera vista sorprendentes.

Es habitual oírlos invocar para condenar represiones «derechistas», o «fascistas» o tenidas por tales, contra actividades políticas de signo izquierdista. Es también habitual que estos defensores de los derechos humanos se indignen contra quien se atreva a aludir a su violación por parte del totalitarismo comunista. Basta decir sobre esto lo que por otra parte todo el mundo sabe, para ser acusado de loco, insensato, o cómplice del fascismo; todos recordamos lo que se escribió en «Cuadernos para el

diálogo» sobre la conveniencia de que no pudiesen huir de los campos de concentración hombres como un célebre escritor ruso.

Este lema de los «derechos humanos», que sirve para defender, contra limitaciones o prohibiciones por parte de la autoridad, actividades de expresión de ideas políticas, luchas laborales, huelgas, etc., y desde luego para combatir la pena de muerte, es también invocado para defender, como un derecho de la mujer, el aborto; y pronto veremos a las mismas corrientes ideológicas y políticas invocarlo, no sabemos como derecho de quién, para defender como un progreso la legalización de la eutanasia.

Estos hechos resultan sorprendentes sólo desde una consideración superficial de las cosas. En nuestro mundo occidental, y mientras sigue estando presente en la conciencia de muchos la idea del hombre como ser personal creado a imagen y semejanza de Dios, ejercen su imperio, a través de la política, ideologías cuya inspiración filosófica es radicalmente antropocéntrica, atea y antiteísta, y por ello profundamente inhumana. El liberalismo, la democracia de inspiración doctrinal

roussoniana y spinoziana, el socialismo en todos sus grados, se apoyan en concepciones filosóficas que niegan la sustantividad espiritual del hombre individual, y su libertad de albedrío y responsabilidad moral.

Una perspectiva antropocéntrica sobre la vida social

CUANDO se habla de «derechos humanos» desde estos presupuestos filosóficos, más o menos conscientemente profesados, lo que se hace es establecer una perspectiva antropocéntrica sobre la vida social y la historia. Tales derechos se fundan en el hombre, y en nombre de estas concepciones se recusa precisamente la idea cristiana de una ley natural impresa por Dios en nuestra mente. Negada la fuente divina de la dignidad de la persona humana, el mito de la voluntad general se constituye en fundamento último de todo el orden social.

En relación íntima con este antropocentrismo,

*CRISTIANDAD 548 (octubre 1976)

para el que el poder humano carece de límites imperativos que condicionen su decisión —por esto puede imperar el control de la natalidad, el monopolio obligatorio de la educación estatal, la esterilización, la eutanasia, y todo lo que considere útil para los objetivos que se proponga una determinada política— está la negación del origen divino del poder, expresada en la falsa metafísica de la «soberanía del pueblo».

Según la fe cristiana, obediente a la enseñanza del apóstol san Pablo, «no hay poder sino por Dios». No radica en el hombre, cualquiera que sea su edad o situación en la familia, en la actividad económica o en la escala social, la facultad de dirigir las voluntades humanas al bien común.

La misma razón natural nos da a conocer que ninguna multitud puede ser ordenada sino desde principios que trasciendan los elementos múltiples que la integran. La fe y la filosofía cristiana están acordes en afirmar que sólo desde una perspectiva descendente, desde el origen trascendente y divino de la potestad, se justifica el derecho a su ejercicio, su título moral de autoridad, y el deber de obedecerla.

Por esto mismo la voluntad humana está al legislar sometida a la suprema legislación divina impresa, con la creación, en el orden natural puesto por Dios en el mundo. Para el antropocentrismo, por el contrario, la voluntad humana es ilimitada en sus objetivos, e incondicionada frente a toda norma que no emane de ella misma. Es esto, y no una forma de gobierno en la que «todos tengan parte en el principado» —según la expresión de santo Tomás— lo que, desde la inspiración de las filosofías anticristianas de los siglos modernos, se significaron la tesis de la «soberanía del pueblo», que se afirmó en antítesis al origen divino del poder.

La idea de soberanía del pueblo no es que sea idolátrica sino antiteísta

EL absolutismo, inspirado en el humanismo del Renacimiento, operó una reducción mundana e inmanente de la doctrina católica a través de la tesis del derecho divino de los reyes. En nuestro siglo, en un contexto filosófico más explícitamente panteísta, se concibió el Estado como el advenimiento de lo divino sobre la tierra. Tales errores tienen un carácter idolátrico, porque atribuyen carácter divino a realidades finitas. Pero la mitología democrática de la soberanía del pueblo se levanta contra la idea misma de un principio divino de unidad, y de un modo mucho más radicalmente anticristiano se enfrenta «a todo lo que se llama Dios

o recibe culto». No es ya idolatría, sino antiteísmo.

Y al negar la soberanía de Dios, se cancela la comprensión del hombre como persona. Los «derechos humanos» son entonces expresión de la omnipotencia ilimitada de la voluntad humana como único fundamento de toda norma. El mito del «pueblo» justifica, con el apoyo del falso principio que pone en la multitud como tal el principio de su unidad, aquel carácter del Estado de ser fuente y árbitro del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

En un momento en que un lenguaje cargado de equívocos, bajo los que pueden ocultarse graves errores y que pueden conducir en la práctica a consecuencias muy nefastas, invade nuestro ambiente, esta revista cree tener una responsabilidad. Bajo la inspiración del que fue maestro de sus fundadores, se inició en 1944 llevando el título de *Ediciones*

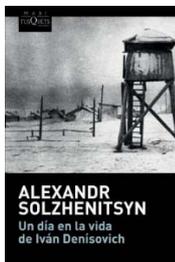
Y al negar la soberanía de Dios, se cancela la comprensión del hombre como persona. Los «derechos humanos» son entonces expresión de la omnipotencia ilimitada de la voluntad humana como único fundamento de toda norma.

Sarda y Salvany como designación de su empresa responsable. Ahora hay que insistir en el sentido pecaminoso y erróneo de los errores que se enmascaran bajo los títulos de liberalismo, democracia o socialismo.

De otro modo nuestro pueblo correrá riesgos muy graves. Nuestros intelectuales y políticos parecen ignorar que, si tales filosofías falsas no han llevado a consumación su tarea desintegradora, es porque otros principios y tradiciones cristianas han seguido, más o menos precariamente, presentes en la conciencia colectiva de los pueblos occidentales.

Under God «Bajo Dios», decía Lincoln al hablar del Gobierno «por el pueblo y para el pueblo». En Suecia se ha conservado la confesionalidad de la monarquía, y el carácter «establecido» de la Iglesia evangélica luterana, a través de cuarenta y cuatro años de gobierno social-democrático.

Pero quizá en esto habrá que reconocer que España es diferente. El socialismo democrático tolera el protestantismo sueco y el anglicanismo, pero es moralmente cierto que no toleraría en la vida pública nuestra confesionalidad católica. Tal vez nosotros seamos más radicales y consecuentes, y avancemos más rápidamente desde los principios a las conclusiones prácticas. Un ruso genial dijo que «si Dios no existe todo está permitido», pero es total vez sea el pueblo español el único en llevarlo inmediatamente a la práctica.



Un día en la vida de Iván Denisovich
Aleksander SOLZHENITSYN.
Tusquets 2018

JUAN JAURRIETA

Abríguese, abríguese el alma, y el cuerpo si le conviene, cuando tenga esta novela entre las manos!

Sí, el frío de la estepa siberiana y de la dictadura del proletariado calarán en su ánimo poco a poco, como en los presos del campo de trabajo.

«Agarraos bien, marineros, ¡treinta grados bajo cero!»

¡Abríguese bien, hombre! ¡Súbase el cuello del abrigo y agarre bien su café o su merienda! porque quizá alguno de los presos, quizá el mismo Iván Denisovich Sujov, salte de las páginas del libro para birlarle a usted una ración. Le bastaría con unas galletas, o quizá se conformase solo con rebañar su taza...

Bienvenido, tiene usted en sus manos la descripción del paraíso socialista: todos iguales ante la muerte. Todos en continuo jaque mate, cualquier movimiento en falso y ya puede usted tumbar al rey en su tablero. La buena noticia es no morir.

La obra puede tener dos lecturas, una como novela juvenil en que se describe el día a día de un campo de trabajo, de manera realista, sin héroes de fugas espectaculares, sin líderes que sublevar los campos con planes perfectos, sin las visiones dialécticas a que nos tiene acostumbrados el cine o los *bestseller* modernos. Es un relato donde el hambre, el frío, los malos tratos, el desprecio por la persona, la arbitrariedad de los guardianes, la desesperanza, la lucha entre los presos, el miedo... es real, terriblemente real, pero contado sin ira, sin sangre, y sin siquiera odio hacia los guardianes «también presos en este campo».

Ya sólo esta lectura merece la pena. Sí; existió el archipiélago Gulag. Sí; el paraíso socialista de Stalin acabó con más de veinte millones de personas.

Quizá como novela le falte intriga, le falte tensión dramática y todo sea anodinamente cotidiana...

pero esa cotidianeidad es lo terrible. Sobrevivir es el objetivo. «Aquí, muchachos, impera la ley de la taiga. Pero también aquí viven hombres. En el campo sucumben aquellos que lamen platos, especulan con la enfermería o denuncian». Y sobrevivir con dignidad es el reto: «Un preso va a sufrir un duro castigo en la checa; alguien, al salir del barracón, le grita “¡Mantén la cabeza erguida”. Esa clase de terquedad, ese orgullo final, es el último recurso que le queda al humillado, para afirmar, a pesar de todo, su condición de hombre libre, su dignidad.»

Pero la obra también tiene otra lectura más profunda para quien se acerca a la novela sabiendo que es autobiográfica del autor, conociendo los avatares de su publicación y la trayectoria de su autor, premio nobel de literatura. En ella denuncia la represión de un sistema político que iba a traer la felicidad a la tierra, pero que se construyó sobre millares de cadáveres de todos aquellos que no estaban de acuerdo con sus postulados.

En pocas palabras y con situaciones cotidianas del campo de trabajo va denunciando las mentiras sobre las que se basa este sistema, nos cuenta cómo el objetivo es el aniquilamiento de la persona, incluso de su capacidad de pensamiento. «Sujov se había quitado la costumbre de devanarse los sesos sobre lo que pudiese ocurrir mañana, o dentro de un año (...) todo el trabajo de pensar se lo ahorran a uno los superiores, y así es sin duda más fácil» «Había comenzado el año 1951 y Sujov tenía derecho a escribir dos cartas (..) Pero ¿qué podía uno escribir?»

A través de las anécdotas del campo de trabajo, nos cuenta cómo el sistema suprime la seguridad de la ley. Hay un preso que se rebela y grita: «¡No tenéis ningún derecho a desnudar a la gente con este frío! ¡Infringís el artículo 9 del Código Penal!» Y entonces Sujov piensa para sí: «Conocen el artículo...

lo, pero tienen derecho. Vives en la luna mi querido amigo.»

Cuenta el autor cómo la misión de este sistema es apagar la esperanza, la ilusión del corazón de los hombres: «Sujov miró al techo en silencio. Ni él mismo sabía si deseaba realmente la libertad o no. Al principio la anhelaba mucho, y cada noche contaba los días que habían pasado y los que faltaban para el fin de su condena. Mas pronto se cansó de hacerlo; y luego se supo por rumores que no enviaban a los presos a casa, sino al destierro. ¡Sabía el diablo si la vida sería mejor para él en otra parte que allí! Puesto en libertad, no tendría más que un solo deseo: ¡A casa! Y a su casa no le dejarían volver».

Explica que este sistema está basado en la propaganda, en el miedo, en el poder del estado «Deben ser las doce —explica Sujov—, porque el sol está en su cénit» y le contesta otro preso que fue capitán de barco: «—Cuando está en el cénit no son las doce, sino la una» y replica Sujov «¿Cómo? Pero si ya los antiguos sabían que a mediodía el sol está en lo más alto». Y dice el capitán «Sería en la Antigüedad. Pero ahora se ha publicado una orden, por la cual el sol ha de estar en lo más alto a la una». Sujov no se rinde y contesta «¿quién ha publicado esa orden?» Le contesta el capitán: «El gobierno soviético». Sujov no quiere más pelea, se calla y piensa «¿Será verdad que hasta el sol obedece las órdenes de ellos?»

Es la arbitrariedad del poder público, que condena injustamente a Sujov como preso político «por alta traición». Una traición que consistió en ser apresado por los nazis durante la guerra y huir de ellos regresando al Ejército Rojo, su estancia con los nazis se consideró alta traición, y la opción estaba clara, o aceptaba los años de condena o lo fusilaban. Aceptó.

Casi todas las anécdotas de la novela tienen esta doble lectura: sirven para relatar la aventura de sobrevivir en el campo pero son una crítica al sistema que lo sostiene.

Pero la novela deja también un mensaje de esperanza. El autor sigue creyendo en el poder del

individuo, del hombre, para oponerse a un sistema opresor. Cree en su dignidad, y lo cuenta, en el día a día del campo; «Sujov no coma con el gorro puesto», el destino de los lameplatos y soplonos o la historia del preso Ju-81 «ese viejo siempre está encerrado en campos de concentración y prisiones, no le alcanza ninguna amnistía, y cuando cumplió los diez primeros años de encierro, le condenaron en seguida a diez más. Ahora Sujov puede verle de cerca. Entre todas las espaldas encorvadas de los presos, la suya llama la atención por lo erguido, y cómo está sentado a la mesa... como en un puesto más elevado. En su cráneo no hay que rapar ya; todos los cabellos se le cayeron con la buena vida



Aleksander Solzhenitsyn durante su estancia en el Gulag

del campo. Los ojos del anciano no miran huidizos a los lados, sino que están fijos, sin ver, por sobre la cabeza de Sujov. Come mesuradamente su acuosa sopa con una cuchara estropeada de madera, sin inclinarse sobre su escudilla, sino alzando cada vez la cuchara hasta la boca. Ni arriba ni abajo tiene dientes; en su lugar, las osificadas mandíbulas mastican el pan. Su rostro muestra las huellas de las penalidades, pero no es el rostro demacrado de un vencido, sino que parece labrado en piedra oscura. También por sus manos grandes, negruzcas y agrietadas, se adivina lo que ha pasado en

todos los años que le han acorralado en los campos y prisiones como una res. Pero no le han podido, no

capitula: no pone sus trescientos gramos de pan sobre la sucia y pringosa mesa, sino sobre un trapo limpio...»

Tenemos silenciosamente impuesto en España una verdadera dictadura del pensamiento único, cuyos máximos exponentes podemos encontrarlos en la ideología de género y en la ley de memoria histórica, por eso volver a releer este libro es muy conveniente, porque nos recuerda que existe la verdad histórica. Nos recuerda que el comunismo es una dictadura, que el paraíso socialista fue tan destructor como el paraíso nacionalsocialista y que la verdadera dictadura consiste en doblegar a los hombres en su dignidad, en hacerles capitular de sus principios. No sucumbir llega a ser verdaderamente heroico aunque sea anodinamente cotidiano.





El padre Mateo Crawley, SS.CC, apóstol de la entronización del Corazón de Jesús en los hogares

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA



EDUARDO Crawley-Boevey y Murga nació en 1875 en Tingo, cerca de Arequipa, Perú, hijo de madre católica, «arequipeña de sangre española con gotas irlandesas», y padre inglés, protestante. A sus 18 meses sus padres se trasladan a Inglaterra, y por temor a que no soporte el viaje lo dejan al cuidado de sus abuelos maternos, que le educan en su acendrada fe católica española. Sus padres, con sus dos hijos mayores y otros tres nacidos en Inglaterra, regresarán a Perú siete años después, y la familia se traslada a Valparaíso (Chile) ingresando Eduardo en el colegio de los Padres de los Sagrados Corazones de Jesús y María, conocidos como «los picpusianos». A sus 15 años, al conocer la piadosa vida y muerte del padre san Damián de Veuster, héroe de Molokai, apóstol de los leprosos, sintió la vocación de profesar en dicha congregación, y las continuas oraciones de su madre lograron convencer a su padre a que le permitiera entrar en su noviciado.

Le encargaron un día ordenar el contenido de un armario, y en él encontró el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús con el cetro de Rey y el globo del mundo en sus manos, ante el que el presidente mártir Gabriel García Moreno consagró el Ecuador al Sagrado Corazón en 1873, acto por el que sería asesinado por las logias masónicas que desataron persecución religiosa

en el país. Para proteger el cuadro un corazonista se lo llevó a Chile. Se le daba por perdido hasta que el novicio Eduardo lo descubrió y colocó en su habitación. Sepultado bajo los escombros en el terrible terremoto de 1906, el cuadro quedó intacto.

En 1898 era ordenado sacerdote a sus 22 años en la catedral de Santiago de Chile, tomando el nombre de Mateo y siendo enviado como profesor al colegio de los Sagrados Corazones de Valparaíso.

El padre Mateo recién ordenado sacerdote

EL 16 de agosto de 1906 un devastador terremoto reduce a escombros casi toda la ciudad. El padre Mateo se dedica noche y día a atender a los innumerables indigentes que se han quedado sin hogar. Su salud quedó tan gravemente deteriorada, que los médicos le prohíben todo trabajo durante un año, y sus superiores, como reposo, le envían a Europa, viaje que significará un giro en su vida.

Llegado a Roma en junio de 1907, era recibido en audiencia privada por san Pío X, presentándole su proyecto de entronización del Corazón de Jesús en las familias. El Papa le felicitó y dijo: «Estamos ante una obra providencial. La de salvar a la sociedad en peligro de paganizarse, por el Sagrado Corazón... Consagre su vida a esta obra». El padre Mateo le pregunta: ¿Vuestra Santidad aprueba y bendice entonces la obra de la entronización?, y el Papa exclama sonriente: «No solamente la autorizo; la quiero, y le ordeno que se consagre totalmente a este gran apostolado: ¡Dios lo quiere!» (Mem. 1957, p. 4). El padre Mateo presentó a San Pío X el ceremonial que había redactado y le pidió un autógrafa. Pío X escribió: «Que Dios cumpla lo que ha obrado en ti». De Roma se dirige a Lourdes a pedir su curación a la Virgen; pero María no se la concede, pues no esa gracia Jesús se la reservaba.

El 24 de agosto de 1907 llega a Paray-le-Monial, el santuario donde el Sagrado Corazón se apareció a Sta. Margarita María, y mientras rezaba en la capilla de las Apariciones se sintió físicamente sanado. Curación instantánea, que así la cuenta a su amigo Antonio María OSB, de la Abadía de San José de Clairval:

«El 24 de agosto de 1907, un joven sacerdote enfermo y agotado entra en la capilla de las Apariciones de Paray-le-Monial». «Allí, me puse a rezar, y sentí en mi interior una extraña sacudida. Acababa de recibir la llamada de la gracia, a la vez muy fuerte e infinitamente suave. Cuando me levanté, estaba completamente curado. Entonces, arrodillado en el santuario, absorbo en la acción de gracias, comprendí lo que Nuestro Señor quería de mí. Aquella misma tarde, concebí el plan de conquistar el mundo para entregárselo al amor del Corazón de Jesús, casa por casa y familia por familia».

Lo recuerda la placa expuesta en la puerta de la capilla de la Visitación de Paray-le-Monial:

«En esta capilla donde Jesús prometió reinar por su Corazón, el padre Mateo Crawley de los SS.CC. recibió la misión de lanzar una cruzada mundial por el reino social de su Sagrado Corazón por su entronización en el hogar. Animado por todos los papas desde san Pío X, y llamado por Paulo VI «El apóstol moderno del Sagrado Corazón», el padre Mateo se entregó durante 50 años a la extensión del reino del Rey de Amor. Murió en Chile el 4 de mayo de 1960».

Antes de dejar Paray hace colocar sobre la puerta de la capilla de las Apariciones un exvoto de mármol rojo sobre el que hizo grabar este texto:

«Este es el santuario del divino amor, la fuente inagotable de la vida. Basta con venir una vez junto al Corazón dulcísimo de Jesús para poder decir: ¡qué bien se está aquí! esta es la puerta misteriosa por donde se llega al paraíso de tu Corazón de rey, de hermano, de amigo, dulcísimo Jesús. En el Cielo tú has inscrito ya nuestros nombres con caracteres imborrables. Haz que, escondidos en esa herida íntima, te estemos unidos eternamente en vida de santidad, en sed de gloria y en amor de reparación. 1 de septiembre de 1907».

De regreso a Chile funda en 1908 el Secretariado de la Entronización y su revista *El Primer Viernes*. Envía a todos los párrocos un folleto explicativo de su obra cuyo fin es «instalar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en el lugar más noble de la casa, de tal modo que Jesucristo Nuestro Señor reine visiblemente en los hogares católicos». De las familias pasa a las comunidades religiosas y colegios y hasta los periódicos, que entronizan el Sagrado Corazón en

sus redacciones. En 1911 más de cien mil hogares de Chile, Argentina y Uruguay le tenían entronizado.

Sentía los deseos del Corazón de Jesús de presidir también los hogares de las familias de la vieja y orgullosa Europa

MOVILIZA a sus amigos europeos; Luis Veuillet presenta en su *Univers*: «El Corazón de Jesús, Rey de las familias», y *El Universo de Madrid* reproduce sus escritos. En la embajada de Chile en Roma se establece un secretariado bajo la presidencia de Mons. Federico Tedeschini, y los obispos de Barcelona, Granada y Mallorca recomiendan la entronización.

La ocasión propicia para su venida al Viejo Conti-

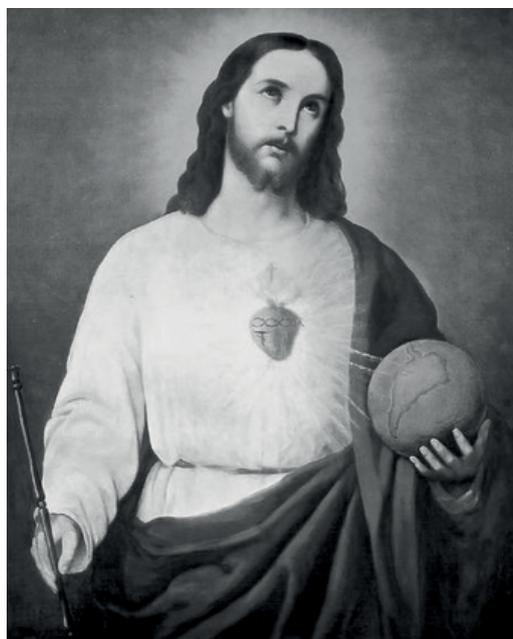
nente fue el *Congreso Eucarístico Internacional* de Lourdes de julio de 1914. El inicio de la Guerra Europea hizo demorar el viaje, y el padre Mateo no pudo llegar a tiempo, conociendo al desembarcar la muerte del papa Pío X que tanto le había animado, y cuyas aprobaciones y bendiciones iba a presentar como carta de acreditación.

En su ausencia, su ponencia no fue admitida por estimarla ajena al tema, pero su amigo el padre Baños, respaldado por el cardenal de Sevilla, logró incluirla en la sección de habla española, y luego en el pleno hizo adoptar por unanimidad sus conclusiones: «El Congreso aprueba la entronización del Corazón de Jesús en el hogar, y ve en ello el medio escogido por ese divino Corazón para establecer su reinado social en el mundo, y en este

espíritu, invita a todos los hogares católicos y a todos los centros privados y públicos, a introducir su imagen en la habitación principal de la casa».

San Juan Pablo II afirmaba el 23 de febrero de 2002 que el mal que corrompe la sociedad es el laicismo, «la exclusión de Dios y de la ley moral natural de todos los aspectos de la vida humana», y lo reiteraba Benedicto XVI en el discurso inaugural del CELAM el 13 de mayo de 2007: «el laicismo se opone diametralmente al Reino de Cristo, fuente no solamente de la felicidad del creyente, sino de la armonía de la vida pública»

Un siglo antes, el Padre Mateo iba a recibir en



Cuadro al Sagrado Corazón como Rey del mundo, que el Presidente Gabriel García Moreno consagró su nación, y que el joven padre Mateo adoptó como imagen para su Obra de Entronización. El original se halla en la Catedral de Valparaíso.

Paray-le Monial la gracia de comprender que el laicismo social era el moderno enemigo del Reinado del Corazón de Jesús, y que para vencerlo era preciso entronizar su imagen como Rey en los hogares de las familias cristianas.

Actual mural central de la Capilla de las Apariciones de Paray con el padre Mateo arrodillado a la derecha de santa Margarita, entre los apóstoles del Corazón de Jesús.

A su llegada a Francia, el padre Mateo se dirigió a Paray-le-Monial a pedir al Corazón de Jesús su gracia de darlo a conocer. Hizo un retiro de doce días en el que permanecía de las 6 de la mañana a las 3 de la tarde en la capilla de las Apariciones. Predicó en la Basílica sobre su tema predilecto: el Corazón de Jesús y la Eucaristía, exponiendo que ser apóstol de la Eucaristía no era cosa distinta que serlo del Corazón de Jesús: «Nunca se podrá insistir demasiado en la unión indispensable que debe haber entre estos dos cultos, son dos palabras, dos títulos pero un solo amor, uno

sólo». Pese a su mal francés, fue tal su éxito que se le requirió continuase la predicación en la parroquia y conventos de Paray durante dieciséis días más, a razón de cuatro sesiones diarias.

Un dominico de Saint-Maximin al oír su predicación resumió así su impresión: «Al principio, uno queda desconcertado por esa oratoria que no es oratoria, por esas frases elípticas, esas imágenes inesperadas, esos gestos apasionados... pero luego, queda uno cogido, se pone al unísono con él, y cuando al final hace aclamar a Cristo Rey: “Te amo, Jesús, porque eres Jesús”, brotan lágrimas de muchos ojos.»

En octubre de 1914 el padre Mateo pisaba por primera vez la tierra de sus antepasados maternos, confiado en la promesa del Corazón de Jesús al padre Hoyos de que reinaría en ella con más veneración que en otras partes, sin sospechar que allí iba a comenzar a sufrir la prueba de la contradicción, el misterio de las oposiciones en el bien. De ella trataremos en próximo artículo.

Que la Gran Promesa se haga realidad

«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha escatimado hasta consumirse y agotarse por ellos, y de la mayor parte no recibe sino ingratitudes y menosprecios... Tú, al menos, ámame».

Hace casi trescientos años, el beato Bernardo de Hoyos respondió con generosidad a la llamada del Señor y anheló llevar a todos el amor del Corazón de Cristo. Recibió la Gran Promesa: «Reinaré en España», y entregó su vida para que el Corazón de Jesús reinara en los corazones de los hombres, de las familias, de los pueblos y de las naciones. Hace cien años, el rey Alfonso XIII, en nombre de todo el pueblo español, pronunció en el Cerro de los Ángeles la fórmula de consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús: «Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de las ciencias y de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias».

Poco tiempo después, en 1924, una joven carmelita, santa Maravillas de Jesús, fundó en el Cerro de los Ángeles, junto al monumento del Corazón de Jesús, el Carmelo del Sagrado Corazón y Nuestra Señora de los Ángeles. Consiguió así transformar un monumento casi olvidado en un referente de espiritualidad y de peregrinaciones.

En esta historia siempre hubo cristianos generosos que han colaborado con las obras necesarias para que la Gran Promesa se haga realidad. El centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús es un momento histórico para aprender de esos grandes amigos del Señor y tomar el relevo.

¿Quién no quisiera formar parte de esta historia? En este Año Jubilar tenemos la oportunidad preciosa de volver a poner el amor de Dios revelado en el Corazón de Jesús en el centro de nuestra vida. Por eso te pedimos que colabores generosamente con la celebración de este Jubileo y ofrezcas, en la medida de tus posibilidades, oraciones, tiempo y dinero por los frutos de éste. ¡Contamos con tu colaboración! Recibe nuestra bendición y afecto, en los Corazones de Jesús y de María.

D. Ginés GARCÍA BELTRÁN, obispo de Getafe y D. José RICO PAVÉS, obispo auxiliar de Getafe



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Enseñanzas de los belenes

Recuerda Luis Daniel González en la revista Medium un texto del reconocido escritor José Jiménez Lozano publicado el año 2010 en la revista de la Asociación Belenista de Valladolid: En él, después de señalar cómo, en la época navideña, vemos a nuestro alrededor episodios grotescos que forman parte de «los vanos intentos en Europa de liquidar no ya la memoria religiosa sino también cultural de las fiestas navideñas», elogiaba la costumbre de poner belenes.

«Cuando san Francisco de Asís popularizó el belén, lo que entonces sucedió, en un principio, fue que, mientras a muchos y a los más sencillos llenó de encanto esa representación del belén, en otros ambientes suscitó extrañeza y rechazo. Y esto por dos razones principales. La primera era porque no se entendía bien cómo era que los grandes de este mundo no ocupaban el lugar central que siempre ocupan, y que, en el belén, era ocupado por una pobre gente para pasar la noche, y quienes acudían a visitar al niño recién nacido también eran gentes del común, y ciertamente que no había ni hay en un belén nada contra nadie, sino que está todo él bañado por el aire de un misterio y luego de la simple y pura poesía escondida en la vida diaria. Pero los poderes de entonces no lo entendieron así, y los de ahora tampoco.

Al fin y al cabo, el belén era lo que podíamos llamar en sentido muy serio —y no en el miserable sentido de los partidos e ideologías— “la política de Nochebue-

na”, o verdadera hermenéutica histórica de la realidad, y algo así como la prueba del nueve de una actitud intelectual y vital de cada uno de nosotros, según después lo haría en pleno siglo xx Nadejda Mandelstam, subrayando que ese Belén que no se había permitido en la educación de los muchachos, allá en la URSS, dejaba en ellos un vacío de alegría, misericordia y esperanza que sería una tragedia».

Más adelante seguía: «En nuestra cultura europea, toda la vibrante vida de Belén ha ocupado la infancia, y destilando luego su memoria hasta el fin, la vida de hombres y mujeres, gracias a construcciones de corcho, ríos de papel aluminio o de espejos, piedras revestidas de musgo, nieve figurada con harina, y figurillas de barro, que recrean la vida de aquella aldea a la pertenecía el establo; y a veces con sabrosos anacronismos. Y todo esto ha suministrado a muchas generaciones un consumado instrumento de juicio exacto de la realidad, desde el funcionamiento de los poderes públicos que hoy como ayer siguen sometiendo a los pueblos a la trashumancia en busca de trabajo, a los registros de tributación y disponibilidad pública, y hasta la vieja práctica del infanticidio.

Cualquier niño así instruido por el belén sabría luego quitarles las máscaras a los acontecimientos más brillantes y a los poderes más altos, y reconocer su fraude y la antigüedad de su violencia, y sobre todo guardaría en su corazón una profunda alegría. La misma que ha recorrido durante siglos las artes y las letras, regalando al mundo los más altos logros de be-

lleza, y también ha entrado en la vida cotidiana, hasta en la cocina y la repostería, en la reunión familiar especial, y en la candidez de la nieve que se simula en los belenes con la inocente harina, o en las luces en medio de la noche como la esperanza del mundo.

Ciertamente también algunos de estos belenes han sido auténticas obras de arte y podemos admirarlos, o sonreírnos con sus añadidos costumbristas y folclóricos. Pero sin duda alguna lo más importante es la impronta que se deja en el belén que se hace en cada casa, en el colegio o en la pequeña iglesia. Y esa impronta de alegría, que nos evoca la que puso Francisco de Asís en su belén, nos ofrece su resplandor y nos torna en nuestros adentros».

Una Iglesia que se ahoga en el sentimentalismo

Aborda Samuel Gregg en el Catholic World Report el fenómeno de un emotivismo cada vez más extendido y de devastadores efectos para la fe. Gregg señala que la Iglesia siempre ha tenido en alta estima la razón, que nos permite usar la lógica, conocer la verdad moral o entender y profundizar en la Revelación. Tal valoración puede haber llevado, reconoce Gregg, en determinados momentos a excesos. No es el caso en nuestros tiempos, cuando lo que parece prevalecer es lo que Gregg califica como «affectus per solam», o lo que podemos traducir como «sentimientos y nada más». Una actitud que se caracterizaría por «una exaltación de los sentimien-

tos, un desprecio de la razón y la subsiguiente infantilización de la fe cristiana».

A continuación Gregg se detiene en los síntomas de este fenómeno:

«uso generalizado en la predicación y enseñanza de un lenguaje que es más característico de una terapia que de las palabras usadas por Cristo y sus apóstoles. Palabras como “pecado” desaparecen y son sustituidas por “sufrimientos”, “remordimientos” o “errores”.

Rechazo de la defensa razonada de la moral católica acusando a quien lo hace de ser hiriente o moralista. Parece como si la verdad debiera ser silenciada si puede herir los sentimientos de alguien.

Rechazo a hablar sobre el juicio y la posibilidad real del infierno. El sentimentalismo sencillamente evita el tema. Se pregunta Gregg, ¿cuándo fue la última vez que la posibilidad de condenarse eternamente fue mencionada en la misa de tu parroquia?

Un Jesucristo deformado. “El Cristo que nos presentan es una especie de rabino liberal que recicla trivialidades como “cada uno tiene su propia verdad”, “haz lo que te haga sentir bien”, “sé auténtico contigo mismo”, etc.

Y por último, un declinar de la claridad en la exposición de la fe cristiana.»

Cuestionándose acerca de las causas que nos han llevado a esta situación Gregg enumera, sin ánimo exhaustivo, las siguientes:

«El contagio de un mundo en el que el emotivismo es generalizado y que considera la moralidad como el compromiso con determinadas causas. Lo que importa es el grado de pasión en tu compromiso y el grado de corrección política del mismo.

Una concepción de la fe que insiste en lo que ésta hace por cada uno de nosotros y nuestro bienestar, y no en nuestra salvación.

Los esfuerzos por diluir y distorsionar la ley natural desde el

postconcilio. “El precio de esto es que cuando relegas la razón a la periferia de la fe religiosa, empiezas a imaginar que la fe es de algún modo independiente de la razón, o que la fe es de algún modo inherentemente hostil a la razón. Finalmente la razonabilidad de la fe deja de ser importante y de este modo se acaba en la ciénaga del sentimentalismo”.

La excesiva insistencia en una mala psicología y en una mala sociología por parte de muchos clérigos formados durante la década de los setenta.

La solución a esta plaga de sentimentalismo no está en negar la importancia de los sentimientos y emociones, concluye, sino en integrar estos de modo consistente con la fe, la razón y la voluntad». No será fácil, pero la alternativa es una Iglesia convertida en oenegé, y como dice Gregg, condenada a la pura irrelevancia.

Un cardiólogo estudia cinco milagros eucarísticos y coinciden en algo: es «un corazón vivo que sufre»

El portal mariano Cari Filii News recoge un comentario al estudio del cardiólogo Franco Serafini sobre los cinco milagros eucarísticos examinados por científicos. El cuadro que resulta es asombroso: «Un diagnóstico clínico preciso, puntual y detallado que coincide perfectamente con lo que leemos en los Evangelios». Lo ha detallado en un libro al que Costanza Signorelli dedica un reportaje en La Nuova Bussola Quotidiana:

«Un corazón sangrante, que pertenece a un hombre joven, golpeado y condenado, oprimido por un estrés severo de tipo psico-físico y que, desde hace dos días, se encuentra suspendido entre la vida y la muerte». Es esta la descripción concreta de aquello que reciben los fieles católicos en el momento en el que el sacerdote pone en

su lengua la Hostia consagrada. Y bien: no estamos citando ninguna visión mística de algún santo. Esta vez es la ciencia la que habla claro y de manera irrefutable. Lo revela el Dr. Franco Serafini en su libro (publicado en italiano) *Un cardiólogo visita Gesù. I miracoli eucaristici alla prova della scienza*.

Un libro imprescindible que reúne los cinco milagros eucarísticos revisados por la ciencia médica: Lanciano (Chieti, Abruzos, Italia, siglo VIII), Buenos Aires (1992-1994-1996), Tixtla (Guerrero, México, 2006), Sokółka (Polonia, 2008) y Legnica (Polonia, 2013).

El cardiólogo nos introduce así en el enorme trabajo que tuvo que afrontar, revisando personalmente todas las investigaciones realizadas en los últimos cincuenta años y colaborando, cuando fue posible, con los primeros científicos que «trataron» las reliquias. El resultado es un cuadro sorprendente: «Un diagnóstico clínico preciso, puntual y detallado que no entra en conflicto, más bien coincide, con lo que leemos en los Evangelios y recibimos como don de la Tradición católica». Pero procedamos con orden.

En el caso del milagro de Lanciano hay, de hecho «una historia en la historia»: así como en el siglo VIII el monje de San Basilio había dudado de la real presencia de Cristo en las especies eucarísticas —duda gracias a la cual se produjo el prodigio—, del mismo modo los monjes franciscanos de la generación pasada se encontraron en herencia una reliquia poco conocida y bastante «difícil», y también ellos estuvieron llenos de grandes dudas. Por este motivo, en 1970 los religiosos le pidieron al profesor Odoardo Linoli que realizara una serie de estudios científicos. Fue así cómo, de la segunda duda, nace el segundo milagro porque, precisamente gracias a esos análisis se obtuvo un descubrimiento sin precedentes en la historia: «El

antiguo tejido analizado –se lee en el informe–, presenta las características típicas e inconfundibles de las células cardíacas. No es sólo el aspecto microscópico que recuerda el músculo cardíaco; es toda la estructura macroscópica de la carne la que recuerda a una sección entera del corazón». Cuando los análisis estuvieron ultimados, ya no hubo dudas de ningún tipo: la Hostia es carne, y la carne es un corazón humano. Un asombro detrás de otro: en Buenos Aires, en Tixtla, en Sokólka y en Legnica las investigaciones lo confirman, estamos ante un corazón humano. Pero no acaba aquí.

Hay un aspecto particular con el cual la ciencia puede dar un auténtico valor añadido al fiel que se acerca al misterio eucarístico y, al mismo tiempo, suscitar un sobresalto en quien aún no cree. Serafini lo cuenta así: «El tejido cardíaco analizado presenta una doble característica: por una parte la fragmentación/segmentación de las fibras y, por la otra, la infiltración leucocitaria». Traducido: «Esta descripción médica detallada», explica el cardiólogo, «nos hace comprender que el sufrimiento de Jesús no es una cuestión genérica; o sea, decir que Jesús sufrió no es un término vago o abstractamente espiritual. Al contrario, esto se traduce en conceptos precisos de tipo anatomopatológico o histopatológico de los cuales, como veremos, es posible deducir hipótesis de diagnóstico».

Pero hay más: los leucocitos están activos, lo que significa que la muestra de tejido, en el momento en que fue recogida para ser analizada, ¡aún estaba viva! Estamos ante un resultado sencillamente inexplicable desde el punto de vista científico, y Serafini nos explica

el porqué: «Una vez que han sido separados del organismo viviente del que proceden, o después de la muerte del mismo, los leucocitos sobreviven en agua, sin disolverse, sólo durante unos minutos, máximo una hora». Para comprender la sorpresa de los científicos, basta pensar que, en el caso de la reliquia de Buenos Aires, el tejido estudiado estuvo conservado en agua destilada y sin nutrientes durante más de tres años.

Pero prosigamos. Una vez dicho que el tejido está vivo y sufre, la pregunta surge espontánea: ¿ante qué tipo de sufrimiento nos encontramos? También en este caso el diagnóstico que se perfigura es absolutamente preciso y coherente con el dato de la fe: «En lo que respecta a la sangre», detalla el cardiólogo, «la linfocitosis y la hipogammaglobulinemia encontradas en el laboratorio son compatibles con el cuadro clínico de un paciente politraumatizado: una persona pisoteada, golpeada o víctima de un grave accidente, sometida a un grave shock, con una situación de estrés psicofísico agudo o subagudo, con una línea temporal de uno/dos días desde el comienzo de dicha situación».

El mismo discurso vale para el tejido cardíaco que nos desvela «no una enfermedad cardíaca o un infarto que depende de defectos coronarios, sino más bien un daño severo de estrés mediado por las catecolaminas... Es decir, hablamos de ese tipo de situación que vemos en las biopsias o en las autopsias de los pacientes que han sufrido una grave postración de tipo psíquico, farmacológico o traumático. Por ejemplo, en víctimas de un accidente aéreo o en... condenados a muerte».

De entre los numerosos aspectos en los que se han centrado las diferentes investigaciones, hay uno en particular que, para la ciencia, no admite réplicas. Se trata del descubrimiento del grupo sanguíneo, en esos casos en los que se han realizado los análisis pertinentes. Hablamos de Lanciano, Tixtla y de los tres principales lienzos de la Pasión: la Síndone de Turín, el Sudario de Oviedo y la Túnica de Argenteuil.

Pues bien, cinco veces sobre cinco se ha encontrado, sin excepción, el mismo grupo sanguíneo: AB. «Este resultado», explica Serafini, «es, como poco, desconcertante, porque se apoya en un dato de estadística matemática que elimina cualquier duda sobre la casualidad y la veracidad de estos prodigios eucarísticos». El porqué es muy sencillo: «Cinco informes hematológicos, procedentes de materiales distintos, separados entre ellos por épocas históricas muy lejanas, por distancias geográficas –incluso transoceánicas–, cuatro de los cuales nos han llegado de épocas en las que se desconocía qué eran los grupos sanguíneos y, por lo tanto, a mayor razón, imposibles de falsificar... pues bien, los cinco, según los datos repetidos más de una vez con metodologías distintas y en laboratorios distintos, pertenecen siempre al grupo sanguíneo AB». Se trata de una verdadera bomba estadística que –nos explica el científico con números en la mano–, nos demuestra la autenticidad de los tejidos al 99,99996875%. En pocas palabras, estamos ante un milagro dentro un milagro que, según Serafini, «es poco conocido y es infravalorado.»





Iglesia perseguida

Viudas de la guerra en Siria y enfermos crónicos: las otras víctimas olvidadas del conflicto

ACN, JOSUÉ VILLALÓN.

En el Valle de los Cristianos, la Iglesia local ofrece apoyo prioritario a familias desplazadas por la guerra en situación de especial necesidad ley islámica, si alguien abandona el islam, podría ser asesinada, quedando impunes sus asesinos.

EL sufrimiento y la desesperanza es un hecho cotidiano entre los sirios, que viven sumidos en una guerra fratricida desde hace ya más de siete años. Más aún, al gran drama de convivir con la violencia, haber huido de tu casa o perder todos tus bienes por las bombas, se suma la muerte de tus seres queridos. En ocasiones por la violencia, otras veces por la enfermedad y la precaria vida de una sociedad empobrecida.

Rasha Drazy tenía solo 23 años cuando recibió la noticia de que su también joven marido, Michael, había muerto. Era conductor, cubría la ruta desde el Valle de los Cristianos a Damasco, la capital. Un día fue alcanzado por un francotirador y murió en el acto. Ella, además de quedarse sin su marido, perdió el sostén económico para mantener a su familia. Madre de dos hijos, se encontraba frente a una situación que solo empeoraba desde el comienzo del conflicto armado.

«Vivíamos en Damasco, vinimos a Marmarita huyendo de los bombardeos diarios sobre la capital. Llegamos aquí en 2012 y a los pocos meses muy marido fue asesinado» cuenta Rasha, que sigue siendo una mujer joven pero con una mirada de profundo dolor, como si hubiera vivido ya mucho. Junto a ella están sus hijos Michael, de 10 años, y Rachel, de 8. «La vida antes de la muerte de mi marido, ya era difícil. Mis hijos tuvieron que dejar el colegio porque estaba cerrado por la guerra. Nos manteníamos de los pocos ahorros que guardábamos hasta que Michael encontró un nuevo trabajo».

Historias similares de las de Rasha se repiten en todo el país. Es desgarrador el testimonio de miles de mujeres que han perdido a sus hijos y maridos por la guerra. Los padres de familia eran el sustento para el resto de la prole, pues eran el motor de la economía familiar y su falta supone no solo la

gran pérdida humana, sino también el sostén material para vivir. Por eso, el desafío al que se enfrentan estas mujeres, viudas, madres coraje, es aún mayor y su sostenimiento es muy importante para la Iglesia local que las está apoyando, siguiendo la misión del Evangelio de consolar a los más pobres e indefensos.

«Yo trabajo como autónoma, a veces como peluquera, otras en el campo recolectando frutas y verduras. Todo lo que sea necesario para mantener a mis hijas», comenta Darin Abboud, de 38 años. Ella es otra madre coraje de Siria y recientemente viuda desde que su marido sufrió un derrame cerebral incurable hace dos años. «Mis cinco hijas con la motivación de mi vida, mi felicidad es que ellas sigan estudiando, consigan un trabajo y sean felices».

La mayor de todas es Maya, de 18 años, que está finalizando los estudios previos a la universidad, aunque no está segura de en qué quiere formarse. Le sigue Maram y Mary, gemelas de 12 años y muy buenas cantantes: «Hemos aprendido a cantar en el coro de nuestra parroquia, nos sentimos muy felices cuando cantamos allí». Mirna es la cuarta por edad y recita preciosas poesías de memoria, en un árabe que suena dulce y delicado. Por último está Meriam, la más alegre y revoltosa. Todas forman un hogar en el que el recuerdo de su padre aún no ha borrado las ganas de vivir.

«La ayuda que recibimos es muy útil para nuestra casa. Es verdad que nuestros vecinos y familiares nos han apoyado mucho –afirma Darin– pero sin el sostén económico de la Iglesia no sé qué sería de mí y mis hijas». Reconoce que su comunidad parroquial les ha arropado desde la muerte de su marido y hasta día de hoy no les ha faltado nada.

Más de 2.000 familias reciben mensualmente ayuda de emergencia del Centro San Pedro, de la Iglesia católica melquita en Marmarita. «Esta ayuda nos ha hecho recobrar la fe y la esperanza –reconoce Rasha–,



Darin Abboud con sus cinco hijas

hemos experimentado la cercanía de la Iglesia y eso nos ha motivado a comprometernos más con nuestra comunidad. Yo misma formo parte del equipo de voluntarios que coordinan la ayuda de emergencia a familias desplazadas en el Valle de los Cristianos». Rasha relata orgullosa que lejos de sumirse en la desesperación, un día decidió dar el paso de ayudar a otras personas que como ella también están atravesando los peores momentos de su vida.

Los «nazarenos» del Valle de los Cristianos

EL pueblo de Nasra es uno de los más de veinte pueblos que se reparten en la región conocida como Valle de los Cristianos (Wadi Al-Nasara, en árabe). Literalmente Nasra, significa «nazareno», nombre que se emplea en el mundo árabe y musulmán para llamar a los cristianos. En el pequeño pueblo viven desde hace varios años cerca de un centenar de familias refugiadas procedentes de otras partes del país que han huido de la guerra. Los Mussa son una de estas familias, nuevos «nazarenos» del Valle de los Cristianos.

Marwan Mussa es el padre de la familia. «Tuvi- mos que huir de Homs, donde vivíamos porque los bombardeos cada vez estaban más cerca de nuestro barrio». Pensaban que volverían pronto a Homs, sin embargo, la guerra ha seguido su curso y los Mussa llevan en Nasra ya más de 5 años. «Antes trabajaba de albañil, ahora ayudo en un horno de pan, aunque no gano suficiente para mantenernos a todos», cuenta Marwan. Su familia es una de las más de 350 familias que son apoyadas por el Centro de Ayuda San Pedro, de la parroquia católica melquita San Pedro, en el vecino pueblo de Marmarita. «La Iglesia nos ha salvado la vida literalmente, si no fuese por ellos hoy no estaríamos aquí».

Un día, hace 9 meses, Marwan estaba trabajando en una huerta cercana a su casa cuando de repente cayó desmayado al suelo. Su hijo Gabi consiguió levantarlo y llevarlo al centro de salud del pueblo. Allí le derivaron al hospital donde le dijeron que tenía un infarto y le salvaron la vida. Todos los medicamentos y cuidados médicos para Marwan y su mujer Nahila, que está en tratamiento de cáncer, son financiados por ACN, a través del Centro de Ayuda San Pedro en Marmarita. «Estamos muy agradecidos por esta ayuda. Sabíamos que muchas personas de diferentes países estaban enviando aquí su dinero. Damos también las gracias al equipo de voluntarios de San Pedro, por su compañía y por socorrernos en las necesidades más urgentes».

La fe de estos auténticos «nazarenos» es visible. Nahila nos cuenta que los peores momentos han sido cuando a Dani lo dieron por desaparecido. «Hemos estado dos años sin saber nada de él. Pensábamos que lo habrían matado en el frente. Pero hace un mes vino a visitarnos y fue un nuevo milagro de Dios en nuestra casa». Dani les contó que llevaba siempre consigo una pequeña Biblia y la leía cada día, «él no se ha separado de la Palabra de Dios, y ahora sabemos que el Señor tampoco lo ha abandonado».

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Enero

Por la evangelización: Jóvenes en la escuela de María.
Por los jóvenes, especialmente los de América Latina, para que, siguiendo el ejemplo de María, respondan al llamado del Señor para comunicar la alegría del Evangelio al mundo.

Febrero

Universal: Por la acogida generosa de las víctimas de la trata de personas, de la prostitución forzada y de la violencia.



La «Guerra Gran» (1793-1795): Cataluña contra la Revolución francesa

GERARDO MANRESA

HABÍAN pasado setenta y cinco años desde que el ejército del rey Borbón, Felipe V, había arrasado Cataluña y eliminado todos los privilegios que tenía el Principado. Los catalanes, al día siguiente de esta derrota, se pusieron a trabajar como si no hubiera pasado nada, para sorpresa de sus vencedores. Los años siguientes fueron, para Cataluña, de una fuerte expansión y la situación económica mejoró considerablemente después de la total destrucción de la industria catalana del siglo anterior.

En 1789, con el inicio de la Revolución francesa, empezaron a huir de Francia todas aquellas personas que temían por su vida, no sólo los monárquicos, gente de la nobleza y defensores del Antiguo Régimen, sino también, y principalmente, obispos, clérigos, religiosos y pueblo sencillo que no estaba dispuesto a renunciar a su fe. Esta emigración se incrementó después de la proclamación de la Constitución Civil del Clero, votada por la Asamblea el 12 de julio de 1790 y tuvo un tercer momento intenso después de la fuga nocturna de Luis XVI y su captura en Varennes, en junio de 1791.

Barcelona, y como consecuencia Cataluña, fue uno de los principales centros de reunión de todos los emigrantes, desde donde se intentaba promover un movimiento de contrarrevolución para reinstaurar al rey Borbón francés.

Después de la guerra de Sucesión española, donde los catalanes lucharon, no para independizarse, sino para defender la unidad de España con un rey austríaco, a los revolucionarios franceses les dio la sensación de que Cataluña era un punto débil en la unidad española y a fin de crear una rotura en dicha unidad iniciaron una campaña de implantación de la Revolución en Cataluña.

Robespierre y Couthon, jefes de la Revolución francesa, conocían bien la historia de Catalunya: la resistencia de 1714 y la posterior represión. Con esos elementos sobre la mesa, decidieron crear una red de agentes en Barcelona con la misión de preparar un escenario político y social favorable a una revolución. El general Dugommier, el militar más prestigioso de la primera Francia republicana, informó a sus superiores: «Los catalanes son valientes, activos y trabajadores, enemigos de España. Aman siempre la libertad, y están preparados para la revolución». Este era el plan de la creación de la República de Cataluña.

La ejecución del rey francés creó en España, y especialmente en Cataluña, un clima de horror por la violencia con que la Revolución usaba la guillotina contra el pueblo, y de ansia de defensa contra aquellos que querían ampliar su revolución a los países vecinos. «Un grito de horror, un clamor frenético de venganza, recorre de un extremo a otro la Península. La muerte del rey es un toque de arrebato que», dice Miquel S. Oliver, «des-

pertó en Cataluña la conciencia española, tradicional y monárquica»¹

A partir de este momento, el movimiento revolucionario se da cuenta de que Cataluña no está dispuesta a seguir el camino de la Revolución pues, como dice Chantreau², en sus comunicaciones a Francia, «el pueblo se ha fanatizado y desde hace meses se prepara para una guerra que considera como una guerra de religión». Toda la atención española se concentra en Cataluña, pues esta guerra contra los franceses, en defensa de la religión y el rey, «había de ser una guerra catalana más que española».³

Pocos meses antes de iniciarse la guerra murió repentinamente el capitán general de Cataluña, el conde de Lacy, hombre de gran personalidad que era muy querido de todos los catalanes. La llegada del general Ricardos, nuevo capitán general, a Barcelona fue apoteósica. Toda la ciudad salió a su encuentro y todo el pueblo de forma voluntaria se preparó para defender al país. Después de ochenta años se les devolvieron las armas que de forma oprobiosa les habían sido retiradas, pero sólo fueron para la defensa de la nación. Se creó como en otro tiempo la Coronela, batallón formado por ciudadanos y volvió a crearse el *somatent*⁴ en todo el país, que en todo momento se pusieron al lado del ejército español arriesgando libremente todos sus bienes y su misma vida. Todo ello en unos años de crisis económica, en la cual escaseaba incluso el pan y la carne. El abastecimiento del ejército y los voluntarios era un problema. «Para Cataluña aquella guerra fue como el despertar de su espíritu tantos años dormido. Con la gloria militar presente, recuerda sus hazañas de otros días».⁵

Dice Miquel S. Oliver: «Casi un siglo de paz, de esclavitud, de arrasamiento, no había bastado para borrar de la memoria de los catalanes las reminiscencias de su antigua institución. (...) Ni la implacable dureza del intendente Patiño, ni las cinco puntas de la Ciudadela clavada en el pecho de la capital vencida consiguieron apagar todo el rescoldo que yacía bajo las ruinas y cenizas»⁶.

En este ambiente de defensa de la unidad española, comenzaba la «Guerra Gran o del Rosellón» contra la Francia revolucionaria.

1. Miquel S. OLIVER, *Catalunya en temps de la Revolució francesa*, p. 165, Societat Catalana d'Edicions

2. Delegado de la República francesa en Barcelona

3. Ib p. 170

4. Somatent: era un cuerpo armado de protección civil, separado del ejército, para defensa propia y la de la tierra.

5. Antoni AULESTIA, *Història de Catalunya*, t- II, p. 487

6. Ib p. 207



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Un día en Santa Cruz: beatificación de los mártires de Argelia

EL pasado 8 de diciembre tuvo lugar la beatificación de los diecinueve mártires de Argelia. Ya había estado anteriormente en Orán donde pasé tres días con el obispo del lugar, monseñor Jean-Paul Vesco. Ayuda a la Iglesia Necesitada sostiene económicamente a la Iglesia argelina que no posee suficientes recursos. Este vínculo me permitió estar presente en el santuario, en principio únicamente reservado a las familias de los mártires y a las autoridades.

Esa mañana la bruma había invadido Orán y temí no poder contemplar la deslumbrante vista que se divisa desde el promontorio donde se sitúa el santuario de Nuestra Señora de Santa Cruz. Temor inútil, pues el sol disipó las nieblas marítimas como en una simbólica analogía de la luz que parecía irrumpir en la oscuridad de la terrible década que ensangrentó Argelia en los años noventa.

El relato de estas diecinueve vidas, entregadas a Dios por completo, nos sumergía de nuevo en el terrible período en el que cerca de doscientos mil argelinos perdieron la vida. Monseñor Claverie, obispo de Orán, los siete monjes de Tibhirine y otros sacerdotes y religiosos, asesinados entre 1994 y 1996, tuvieron todos ellos la posibilidad de marcharse, como se les había firmemente aconsejado, pero todos escogieron permanecer en Argelia por fidelidad a su misión y al pueblo argelino.

Ya en la víspera, en la catedral, oímos testimonios sobrecogedores, desconcertantes por su sencillez, y que desarmaban por su fraternidad: la hermana de monseñor Pierre Claverie y la madre de Mohamed, su chófer que permaneció hasta el final con «su» obispo pese al peligro, el hermano de Christian de Chergé, el viejo Jean-Pierre y el indestructible Henri, de Tibhirine, y el testimonio de tantas otras historias, cristianas y musulmanas, entrelazadas en el dolor y transfiguradas por la amistad.

Los diecinueve beatos realizaban bajo nuestras miradas una especie de milagro, suscitando entre nosotros una comunión más fuerte que todas nuestras diferencias. La paz, palpable y escurridiza a la vez, unía nuestras oraciones y revestía nuestros corazones para la gracia del día siguiente. Y allí, en las alturas, pudimos gozar de esa paz. Algo pasó este 8 de diciembre y podemos imaginar que habrá «un antes y un después de la beatificación». ¿Cómo

será? Nadie lo sabe, pero probablemente podamos afirmar con monseñor Vesco, actual obispo de Orán, que «se estaba escribiendo la historia».

¡De hecho, están sucediendo muchas cosas actualmente en el norte de África! Beatificación de los diecinueve mártires de Argelia en Orán y VIII centenario de los mártires franciscanos en Marruecos y del encuentro de san Francisco de Asís con el sultán Malik al-Kâmil en Egipto ¿Se trata únicamente de conmemoraciones de sucesos del pasado o son quizás las primicias de un futuro asombroso? Este mes de enero de 2019 conmemoramos el martirio de los franciscanos enviados por su fundador todavía en vida. San Francisco se lamentará de no haber formado parte de esta expedición y, poco después, viajará a Egipto para reunirse con el sultán, con el objetivo de anunciarle el Evangelio, pero quizás también secretamente, con el deseo de imitar a sus hermanos en la donación total de su vida.

Por un lado, el testimonio de una presencia fraterna entre los musulmanes. Por el otro, la persistencia del martirio a ocho siglos de distancia. Algunos se centrarán en la amistad, otros en la persecución. ¿Son los dos extremos necesarios? ¿Cómo?

En Orán, todo giró en torno a la amistad y a la fraternidad. En el icono de los mártires incluso estaba representado Mohamed, el chófer de monseñor Claverie. Es cierto que no tenía la aureola de los beatos, pero se intuía que la Iglesia local así lo habría querido. Por supuesto, se mantuvo fiel, una fidelidad hermosa, pero ¿ha sido ya alguien beatificado por la amistad?

A veces, a pesar de la emoción que nos envuelve y de esta amistad sin duda sincera, acabamos no obstante por preguntarnos si no entramos suavemente, pero con claridad en una cierta confusión.

¿La misión de la Iglesia en Argelia o, en general, en los países de mayoría musulmana se limita a dar un testimonio de amistad? ¿O a dar testimonio de Cristo? ¿Pero entonces, como dar testimonio de Cristo si no es a través de la amistad?

En esos abrazos fraternos del 8 de diciembre me pareció, de todos modos, sorprendente que no hubiese musulmanes conversos y Dios sabe, sin embargo, que los hay en Argelia. Fueron un poco los olvidados de la fiesta, pero no sólo en esa bella jornada. Da la impresión de que no son una prioridad pastoral para la Iglesia y, yendo un poco más lejos, que incomodan a la Iglesia por el simple hecho de

existir. Y eso, evidentemente, cuesta entenderlo.

Entre la exaltación de una cierta amistad, a menudo unidireccional por parte de los cristianos, y la persistencia de la persecución, ¿Cómo unir los dos extremos? ¡Que la intercesión de los nuevos beatos nos ayude en este camino! (Marc Fromager, director de AIN en Francia).

María, Reina de la infancia espiritual

ESTA es la historia de cómo el traslado a Madrid de una madre jienense por cuestiones laborales ha servido para promover una nueva advocación mariana, la Reina de la infancia espiritual, que –sin ser todavía oficial– ya cuenta con cientos de miles de devotos en los cinco continentes. La protagonista –después, obviamente, de la propia Virgen– es Carmen Margarito, que hace dos años desembarcó, junto a sus cinco hijos en la capital de España, donde trabajaba su marido, para reunificar su familia.

Se sintieron tan acogidos por su nueva comunidad (colegio, parroquia, etc.) que quisieron devolver de alguna forma todo el cariño que habían recibido. «El problema es que no teníamos nada que darles así que se nos ocurrió devolvérselo en forma de piropeo a la Virgen», asegura esta abogada reconvertida en profesora de Religión. Pero la inspiración no llegaba a pesar de estar toda la familia implicada en la misión. «No encontrábamos las palabras adecuadas». La suerte cambió el 25 de febrero durante la primera confesión de uno de los hijos. «Estábamos dentro de la Iglesia, el resto de mis hijos pequeños no paraban de pelearse, los adolescentes me decían: “Mamá, qué rollo, yo me quiero largar ya de aquí”. En ese momento, solté: “No, María es la Reina de la infancia espiritual”». Ese fue el primer momento en el que nombró a la Virgen de esa forma. A partir de entonces, «le empecé a pedir que me ayudara en mi relación con Dios como hija pequeña y potencié mi trato con mi Madre del Cielo con la confianza, incluso con el descaro, de los niños pequeños». La sorpresa de Carmen Margarito fue mayúscula cuando se sintió escuchada al rezar de esta forma.

El siguiente paso fue compartirlo, de forma natural, con sus amigas. «Les decía que la Virgen me ayudaba a querer a Dios con corazón de hijo pequeño». Con el paso de los meses, se empezó a preguntar si la vida de infancia espiritual tenía el patrocinio de alguna advocación mariana. Ante su más absoluto desconocimiento, decidió preguntar a diferentes expertos mariólogos. La respuesta, unánime: «Carmen, no digas tonterías». Lejos de desanimarse, empezó a buscar «una imagen que reflejara la ternura de la Virgen con los niños». Cuando la encontró,

Margarito hizo quinientas estampas y las repartió entre sus amigas. Estas, a su vez, las difundieron entre sus contactos y la devoción a la Reina de la Infancia Espiritual se expandió por los cinco continentes. En la actualidad, se han impreso y distribuido más de 87.500 estampas y, próximamente, la iniciativa se convertirá en asociación. «No somos de ningún movimiento eclesial, ni pretendemos fundar ninguna institución. Tan solo queremos ser hijos pequeños de la Virgen y esto es compatible con todos los carismas de la Iglesia», advierte. (José Calderero de Aldecoa, Alfa y Omega).

525 aniversario de la primera misa en suelo americano

CON una solemne Eucaristía, que contó con la participación de miles de feligreses de todas las diócesis del país, el pasado sábado 5 de enero se llevó a cabo la conmemoración de los 525 años de la primera misa celebrada en América, oficiada en La Isabela (hoy República Dominicana) por el padre Bernat Boïl junto a otros doce sacerdotes concelebrantes –recién llegados al Nuevo Continente en el segundo viaje de Cristóbal Colón– el 6 de enero de 1494.

La ceremonia tuvo lugar en el templo Las Américas (diócesis de Puerto Plata), edificado sobre las ruinas de la primera iglesia construida en suelo americano –dedicada, por cierto, a Nuestra Señora de Montserrat, cuya imagen traída por los conquistadores aún se venera hoy en día– y posteriormente destruida por los huracanes.

En un ambiente de regocijo, monseñor Julio César Corniel Amaro, obispo de Puerto Plata, dio la bienvenida a los participantes que se unieron en la fe para celebrar el acontecimiento histórico que convirtió a la República Dominicana en la «cuna de la evangelización del nuevo mundo».

Durante la homilía el cardenal Rosa Chávez, obispo auxiliar en El Salvador, saludó a toda la feligresía en nombre del sucesor de Pedro, el papa Francisco, al tiempo que les exhortó a conservar «siempre la fe católica, proclamarla con valentía y vivirla con amor y buenas costumbres», como lo indicó el Santo Padre en la carta con la que nombró al cardenal su «Enviado Extraordinario».

La ceremonia presidida por el monseñor Chávez, donde también se clausuró el Año de la Eucaristía (2018), contó con la participación de los obispos de la CED, el presidente de la República Dominicana –don Danilo Medina–, el Nuncio Apostólico en el país –monseñor Ghaleb Bader–, autoridades civiles, militares, miembros del Cuerpo Diplomático y una representación de cada una de las diócesis del país.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Un primer balance de la guerra en Siria

LA situación en Siria va mejorando lentamente; aunque la reconstrucción llevará tiempo después de una guerra de ocho años, la población cristiana va regresando paulatinamente a las localidades de las que tuvo que huir. El balance, cuando aún no se ha pacificado todo el territorio sirio, es devastador: se calcula más de medio millón de muertos, de los que en torno a 100.000 serían civiles. A esta cifra hay que añadir la de los desplazados, que se calcula ascienden a más de cinco millones.

Entre los combatientes, bajas similares entre las fuerzas fieles a Bashar al-Assad y los rebeldes (entre los que se cuentan el Ejército Sirio Libre, los grupos yihadistas vinculados a los salafistas y a los Hermanos Musulmanes, y los que están en la órbita de Al Qaeda y el Estado Islámico). Unas cifras parejas que indican una guerra equilibrada y demuestran que los adversarios del régimen sirio han estado bien armados y abastecidos desde los estados árabes del Golfo, Estados Unidos y Europa.

Decíamos que, aunque en su fase final, la guerra en Siria no ha terminado. En efecto, la provincia de Idlib constituye el último reducto de resistencia yihadista, circundada por una franja desmilitarizada controlada por tropas turcas y rusas, y es el escenario de nuevos abusos y violencias contra la población cristiana que aún permanece en la región por parte de milicias como las surgidas de la descomposición del Frente al-Nusra. La paz definitiva en Siria está cada vez más cerca pero aún no se ha alcanzado.

Merkel elige como sucesora a una católica

EL desgaste de la canciller alemana Angela Merkel ha sido intenso, especialmente desde que decidió abrir el país a una avalancha de supuestos refugiados (en su mayoría se trataba de meros inmigrantes por motivos económicos) que generó una ola de descontento por las numerosas violaciones de mujeres protagonizadas por «refugiados». Los mediocres resultados electorales y el ascenso del partido anti-inmigracionista Alianza por Alemania han llevado a Merkel, que aún continuará presidiendo el gobierno alemán hasta 2021, a anunciar su renuncia a presentarse a la reelección

y a la dirección del partido democristiano alemán, la CDU.

Así pues, el congreso de Hamburgo de la CDU ha tenido que elegir nuevo secretario general entre Annetegret Kramp-Karrenbauer y Friedrich Merz. Este último ha criticado abiertamente la política inmigratoria de Merkel y se posicionaba más en la línea de los aliados bávaros de la CSU, mientras que Kramp-Karrenbauer defendía las políticas de Merkel... si bien con matices. Finalmente fue ella quien se alzó con la victoria por un ajustado 52% de los votos contra un 48% para Merz.

Kramp-Karrenbauer, además de heredera de Merkel, se presenta como adalid de la identidad cristiana del partido y ha declarado su oposición al aborto y al matrimonio entre personas del mismo sexo. Su carrera se inició en 1984 en el ayuntamiento de su pueblo de 20.000 habitantes, Püttlingen, donde aún vive en compañía de su marido, Helmut Karrenbauer, un ingeniero de minas, y de sus tres hijos. De allí llegó a la presidencia de su región, el Sarre, en la frontera con Francia y con una población de un millón de habitantes. El pasado mes de febrero fue cooptada por Angela Merkel y su destino parece ser el de tomar el relevo en la dirección de una nación de 83 millones de habitantes que es la primera potencia económica europea. Quedará por ver si es capaz de recuperar al electorado desilusionado con Merkel y, sobre todo, si esa visión cristiana del hombre que dice defender tienen algún impacto real en políticas o se quedan, como ha ocurrido con tanta frecuencia, en meras declaraciones.

Venezuela: islam a cambio de ayuda económica

TODAS las noticias que llegan de Venezuela confirman la tragedia en la que el tiránico y criminal régimen bolivariano ha sumido al país, hundiéndolo en la miseria y la violencia y provocando un éxodo sin precedentes de venezolanos que huyen del país.

Aprovechando su viaje a Argentina para asistir a la cumbre del G20, el presidente turco, Recep Tayyip Erdogan, viajó hasta Caracas, donde fue recibido con todo tipo de honores, en medio de una multitud de niños ondeando banderas con la media luna turca y recogiendo de manos de Maduro una réplica de la espada de Simón Bolívar y la más alta condecoración que otorga el actual régimen venezolano. Una visita histó-

rica que da oxígeno al aislado gobierno chavista, en plena crisis de carestía de alimentos y medicamentos.

Las declaraciones de Erdogan fueron categóricas: «cubriremos la mayor parte de las necesidades inmediatas de Venezuela, tenemos la capacidad y la oportunidad de hacerlo». Eso sí, a cambio de petróleo y recursos minerales, además de acuerdos de cooperación en materia militar y en el transporte marítimo. De hecho, los intercambios bilaterales entre los dos países se han multiplicado por seis con respecto al año pasado.

Las relaciones entre Erdogan y Maduro se estrecharon hace poco más de un año cuando el presidente turco invitó al venezolano a un encuentro anti-israelí en Turquía como respuesta al reconocimiento de Jerusalén como capital de Israel por parte del presidente estadounidense Donald Trump. Una relación que se ha ido intensificando y que, aunque tiene un carácter eminentemente económico, también incluye el permiso para la construcción del «Centro cultural turco Yunus Emre de Caracas», dedicado a difundir el islam en el país. Se tratará del primer centro cultural turco en Hispanoamérica y contará con el apoyo de la primera cátedra de estudios islámicos en la universidad pública venezolana, dirigida por Adán Chávez, el hermano del difunto tirano Hugo Chávez, quien ya mostró sus simpatías hacia el islam, ese otro milenarismo carnal con los que los comunistas tienen tanto en común.

Revolta de los «chalecos amarillos» en Francia

DESDE mediados de noviembre Francia se ha visto sacudida por una serie de movilizaciones, cada vez más numerosas y violentas, protagonizadas por manifestantes portando el chaleco reflector amarillo que están obligados a tener todos los conductores en sus coches. Si en la Edad Media las revueltas campesinas contra las subidas de impuestos y otros abusos se conocieron en Francia como *jacqueries*, derivado del nombre del simbólico protagonista de estas revueltas, Jacques Bonhomme, un nombre genérico que encarnaría a la gente sencilla, bien podemos afirmar que hemos asistido a una *jacquerie* moderna.

El origen, en este caso, también está en un alza de los impuestos, esta vez de los que gravan el carburante: un alza motivada por el afán recaudatorio que el presidente Macron ha querido vestir de tasa ecológica para luchar contra el cambio climático. En un país con la mayor presión fiscal de Europa, un 46%, superior ya a los países escandinavos, y donde la hipertrofia del Estado destina el 56% del PIB a gasto público. Increpado por un anciano en Verdún, pocos días antes de que estallaran las protestas, un Macron tan desconectado de la realidad como las caricaturas de los mo-

narcas absolutos le contestaba que había que cambiar las viejas costumbres y adaptarse al mundo nuevo en que vivimos. Una semana más tarde trescientas mil personas colapsaban Francia.

El movimiento de los «chalecos amarillos» no tiene unos dirigentes definidos; recoge una protesta generalizada y transversal, bajo cuya bandera se reúnen lo mismo franceses de cepa que hijos de inmigrantes, de izquierdas o de derechas, todos unidos por la exasperación de una clase media que necesita utilizar el coche para cumplir con sus tareas profesionales y que se siente cada vez más ahogada económicamente. Sin partidos, sin sindicatos, sin organizaciones que los respalden, han estado cinco fines de semana consecutivos de protestas.

Manifestaciones que a medida que crecían iban incorporando nuevas reivindicaciones, en ocasiones contradictorias, algo que no es de extrañar si consideramos el carácter espontáneo de las protestas. Y que derivó en acciones violentas cada vez más frecuentes, que sin embargo no significaron ninguna reducción de apoyo popular: las encuestas afirman que cerca del 80% de la ciudadanía veía con simpatía el movimiento de los «chalecos amarillos». Tras centenares de heridos y detenidos, e incluso tres muertos, «víctimas colaterales» de las manifestaciones, Macron tuvo que ceder y rectificar, ordenando una moratoria a los nuevos impuestos que, aunque ha reducido la tensión, no la ha hecho desaparecer por completo.

Porque si en el origen de las protestas está la subida de impuestos, éstas han canalizado el hartazgo de la gente corriente con el estado de las cosas y se han nutrido también del resentimiento hacia unas elites que viven de espaldas a los sufrimientos y penalidades de quienes no disfrutaban de su nivel de vida. «La elite tiene miedo del fin del mundo, nosotros del fin de mes», afirmaba uno de los «chalecos amarillos», contrastando la alarma ante el cambio climático con la pauperización que viven las clases medias francesas.

Estas protestas revelan también la pérdida de legitimidad de un sistema político en el que ya pocos creen, al tiempo que plantea una inquietante cuestión. Si es cierto que los «chalecos amarillos» han conseguido que el endiosado Macron, que gozaba de los parabienes de la prensa, ceda y rectifique, esta victoria no se ha producido hasta el momento en que las movilizaciones se han desbordado en acciones cada vez más violentas. A diferencia de las masivas protestas de *La Manif pour Tous* contra el matrimonio entre personas del mismo género (que sacaron a la calle a más personas sin conseguir cambiar la decisión del gobierno), siempre pacíficas e impecables, los «chalecos amarillos» han demostrado que, en la Europa de inicios del siglo XXI, si los ciudadanos quieren arrancar algo de las oligarquías gobernantes deben emplear, no la razón, sino la violencia.

✉ info@balmeslibreria.com
www.balmeslibreria.com
☎ 682 856 468
☎ 93 317 80 94

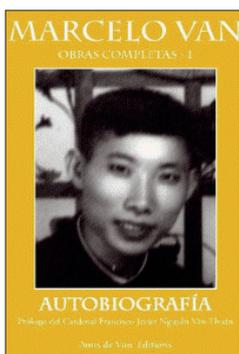
BALMES
LIBRERIA



- Servicio inmediato de venta on line.
- Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas.
- Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades.
- Servicio de suscripción a nuestra revista.
- Acceso a la hemeroteca de **CRISTIANDAD**.
- ¡Síguenos en Facebook y a través de nuestro canal de youtube!
- ¡Consulta nuestro blog!
- Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

	¡Efectua un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año! Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.
--	---

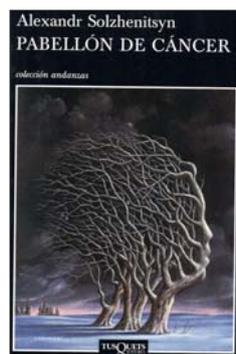
CRISTIANDAD les recomienda este mes:



Marcelo Van. Autobiografía
Autor: Dreher, Rod
Editorial: Amis de Van Editions
448 páginas
Precio: 19,56 €

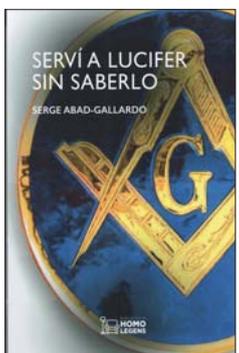
«Los escritos de Marcelo Van son importantes por distintas razones: porque llaman la atención sobre la situación y necesidades de nuestro mundo actual, a través de la experiencia de un muchacho del Vietnam del Norte, que da testimonio de su esperanza siguiendo a Teresita del Niño Jesús. Toda su vida supo transformar el sufrimiento

en alegría, tanto durante su infancia difícil, como durante su vida de religioso redentorista, ofrecida hasta la muerte». (prólogo del cardenal Francisco Javier Nguyen Van Thuan)



Pabellón de cáncer
Autor: Solzhenitsyn, Alexander
Editorial: Tusquets
520 páginas
Precio: 23,00 €

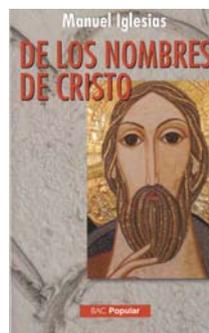
La obra narra lo que ocurre en una sala donde están ingresados pacientes con cáncer durante 1955, en la república de Uzbekistán, en plena fase de desestalinización. Lo que trasciende fundamentalmente hoy de *Pabellón de Cáncer* es una verdad muy simple y, en principio, conocida por todos: la de que todos somos iguales ante la muerte. Igua- les son incluso el joven Kostoglótov, un deportado con gran capacidad crítica, en el que no cuesta reconocer al propio autor, y el funcionario Rusánov, miembro del Partido y delator implacable de los «enemigos del régimen».



Serví a Lucifer sin saberlo
Autor: Abad-Gallardo, Serge
Editorial: Homo Legens
232 páginas
Precio: 20,00 €

Con su testimonio personal y su gran cultura masónica, Serge Abad-Gallardo demuestra que, desde hace trescientos años, la masonería especulativa se esfuerza por minar todo lo conseguido en dos mil años de cristianismo, y especialmente de catolicismo, ya que es ésta una religión estructurada, jerarquizada y unificada en torno al Papa: se trata de

un verdadero «combate espiritual», ignorado hoy en día tanto por muchos católicos como por muchos masones de los tres primeros grados.



De los nombres de Cristo
Autor: Iglesias, Manuel
Editorial: BAC Popular
168 páginas
Precio: 12,00 €

El autor ha realizado una tarea de sabiduría bíblica y espiritual para adentrarnos en el ser de Cristo a través de los nombres con los que se denomina a sí mismo en los evangelios, completando esta serie con los que, además, recoge el libro del Apocalipsis. El lector disfrutará del gran dominio que el autor tiene de la Palabra de Dios, de su elegante pluma y de su fino sentido del humor que se hace notar en muchas de sus páginas, que sirven para adentrarse en el Corazón de aquel cuyo «nombre está sobre todo nombre» (Flp 2,9).

CONTRAPORTADA

«Se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios»

Es indudable que quien considere todo esto tendrá que admitir de plano que esta perversión de las almas es como una muestra, como el prólogo de los males que debemos esperar en el fin de los tiempos; o incluso pensará que ya habita en este mundo el hijo de la perdición de quien habla el Apóstol. En verdad, con semejante osadía, con este desafuero de la virtud de la religión, se cuarteja por doquier la piedad, los documentos de la fe revelada son impugnados y se pretende directa y obstinadamente apartar, destruir cualquier relación que medie entre Dios y el hombre. Por el contrario —esta es la señal propia del Anticristo según el mismo Apóstol—, el hombre mismo con temeridad extrema ha invadido el campo de Dios, exaltándose por encima de todo aquello que recibe el nombre de Dios; hasta tal punto que —aunque no es capaz de borrar dentro de sí la noción que de Dios tiene—, tras el rechazo de su majestad, se ha consagrado a sí mismo este mundo visible como si fuera su templo, para que todos lo adoren. Se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios.

Efectivamente, nadie en su sano juicio puede dudar de cuál es la batalla que está librando la humanidad contra Dios. Se permite ciertamente el hombre, en abuso de su libertad, violar el dere-

cho y el poder del Creador; sin embargo, la victoria siempre está de la parte de Dios; incluso tanto más inminente es la derrota, cuanto con mayor osadía se alza el hombre esperando el triunfo. Estas advertencias nos hace el mismo Dios en las Escrituras Santas. Pasa por alto, en efecto, los pecados de los hombres, como olvidado de su poder y majestad: pero luego, tras simulada indife-

rencia, irritado como un borracho lleno de fuerza, romperá la cabeza a sus enemigos para que todos reconozcan que el rey de toda la tierra es Dios y sepan las gentes que no son más que hombres.

Todo esto, venerables hermanos, lo mantengamos y lo esperamos con fe cierta. Lo cual, sin embargo, no es impedimento para que, cada uno por su parte, también procure

hacer madurar la obra de Dios: y eso, no sólo pidiendo con asiduidad: «Álzate, Señor, no prevalezca al hombre» sino —lo que es más importante— con hechos y palabras, abiertamente a la luz del día, afirmando y reivindicando para Dios el supremo dominio sobre los hombres y las demás criaturas, de modo que su derecho a gobernar y su poder reciba culto y sea fielmente observado por todos.

Pío X, encíclica «E Supremi Apostolatus»,
4 de octubre de 1903

